

LA REFORMA UNIVERSITARIA
ANTECEDENTES Y CONSECUENTES

Hugo E. Biagini

**LA REFORMA
UNIVERSITARIA**

**ANTECEDENTES Y CON-
SECUENTES**

LEVIATAN

COLECCION
EL HILO DE ARIADNA

PRESENTACIÓN

Se examinan diferentes ideales alternativos que ha sustentado el movimiento juvenil ante el orden establecido. El encuadre se detiene en el caso argentino e iberoamericano sin descuidar el contexto mundial. Entre los picos de mayor relevancia histórica sobresalen la generación de 1918 y los nuevos actores que aparecen hacia los años sesenta. Asimismo, se proporciona un balance de las actitudes que pueden observarse actualmente entre los sectores universitarios.

Habida cuenta de los panoramas abarcativos en torno a nuestras organizaciones estudiantiles, emprenderemos una serie de estudios minuciosos sobre temas que ora no han sido percibidos en todo su alcance ora no han sido indagados con suficiente profundidad. A título ilustrativo, se aborda una variedad de congresos estudiantiles que tuvieron lugar en distintos países del Cono Sur (Uruguay, Argentina, Perú) y que, por ser anteriores a la Reforma del '18 han permanecido al margen del vastísimo corpus relativo a ese proceso continental. Se retoma la tradición reformista para contrastarla al modelo hoy en boga; especialmente la visión sobre la integración regional que planteó dicho movimiento frente a la que aparece en los intentos oficiales sostenidos por una modernización excluyente. Por último, se efectúa una valoración de la universidad y su presente función desde la óptica reformista, para concluir refutando las apreciaciones sobre la caducidad de la Reforma y so-

I.S.B.N. 987-514-034-1

LIBRO DE EDICION ARGENTINA
- QUEDA HECHO EL DEPOSITO
QUE PREVIENE LA LEY 11.723 -
© BY EDITORIAL LEVIATAN -
CORDOBA 4773 - BUENOS AIRES -
IMPRESO EN LA ARGENTINA -
PRINTED IN ARGENTINA

bre el hipotético imperativo de reemplazarla por otra basada en un solapado gatopardismo.

Desde el punto de vista metodológico se recurrirá, esencialmente, a la exégesis de fuentes primarias de muy distinta procedencia y localización, compuestas en gran medida por documentos estudiantiles tales como manifiestos, proclamas, actas y otros testimonios que emergen entre los millares de páginas escritas por el pensamiento reformista en este siglo.

Además de su eventual validez para mejorar la erudición en la materia, la supuesta importancia o repercusión de este trabajo se relaciona con el dominio pedagógico y la formación ética, en cuanto pueda permitir que los adolescentes y los jóvenes se aproximen hacia pautas de comportamiento y perspectivas axiológicas más enriquecedoras de las que se ofrecen desde una aletargante actualidad. Por ende, se procura investigar y difundir ciertos ciclos paradigmáticos de protagonismo juvenil; su contribución a una imagen renovadora, solidaria y adogmática de la enseñanza y la vida; su relevancia para el acercamiento democrático de Argentina con Latinoamérica y el mundo.

Junto a la ampliación que podrá experimentar el dominio técnico y cognoscitivo con los puntos encarados, la explicitación de los aspectos dinamizadores y originales que contiene el legado reformista también colaboraría módicamente a la satisfacción de determinadas expectativas sociales como las que provienen de la crisis de las ideologías omnicomprendivas y de cerradas posturas triunfalistas.

En síntesis, la indagación se vincula primordialmente con la problemática sobre la juventud, la universidad y la sociedad; cuestión cuya mag-

nitud, lejos de haber sido cubierta, exige otros replanteos adicionales. La temática principal se conecta con el desenvolvimiento del movimiento estudiantil que surgió a partir de la Reforma Universitaria en Córdoba, sus precedentes, derivaciones y paralelismos con otras experiencias que se han dado dentro o fuera del ámbito argentino. Entre los objetivos conceptuales específicos se encuentra el abordaje de aspectos poco explorados —e incluso insospechados— por la literatura especializada.

Dichos emprendimientos tuvieron ocasión de ser controvertidos en diversas reuniones ad hoc: III Congreso Internacional de Filosofía Latinoamericana (Heredia, Costa Rica), V Congreso de SOLAR (San Pablo, Brasil), 49 Congreso Internacional de Americanistas (Pontificia Universidad Católica del Ecuador), Universidad Bolivariana (Chile), I Encuentro del Corredor de las Ideas (Maldonado, Uruguay), XII Congreso Internacional de AHILA (Oporto, Portugal), Seminario sobre Historia a Debate (Universidad Santiago de Compostela), Iberoamerikanska Institutet (Universidad de Gotemburgo). Los trabajos anexos sobre Arturo Roig y Eugenio Pucciarelli corresponden a sendos homenajes que les tributó la Universidad del Comahue y la Academia Nacional de Ciencias (Buenos Aires). Por razones editoriales, se ha suprimido el copioso aparato erudito —notas y repertorio bibliográfico— del texto principal.

FLUJO Y REFLUJO DE IDEALES ESTUDIANTILES

Se esboza aquí el papel protagónico que desempeñó la juventud universitaria, especialmente argentina y latinoamericana, en diversos momentos culminantes, sin excluir la situación actual ni sus perspectivas futuras. En consecuencia, se alude al ciclo independentista, a los primeros románticos, a la bohemia finisecular, al movimiento orgánico del 18, a la generación de la protesta y la revolución, hasta desembocar en los testimonios posmodernos; para poder aproximarnos a las distintas variantes del utopismo, expresiones identitarias y propuestas alternativas que se hallan en juego dentro de tales idearios y prácticas sociales. Se encuentran implícitos en el enfoque problemas tales como los de la continuidad o discontinuidad históricas, la validez última de los agentes o sujetos colectivos, los vínculos con la estructura económica o con las variables políticas de rigor.

Gestaciones

Cabe destacar la importancia que, para la emancipación sudamericana, revistió el discurso y la actuación de diversos estudiantes criollos que se formaron en la Universidad de Charcas —fundada por los jesuitas con el nombre de San Francisco Xavier en aquella ciudad virreinal de La Plata, luego conocida como la Sucre boliviana. En

ese instituto educativo se llegó a transmitir doctrinas ilustradas de avanzada y de allí provinieron muchas jóvenes figuras que se integrarían a la gesta en cuestión. Por sus filas pasaron jóvenes como Manuel José Quiroga, gestor de la revolución de Quito; Mariano Alejo Alvarez, precursor de la independencia en el Perú; o Jaime Zudáñez, redactor de constituciones en Chile, Argentina y Uruguay, país éste donde concluye su carrera presidiendo la primera Corte Suprema de Justicia.

Una pieza clave que motorizaría las revoluciones de Chuquisaca y La Paz (1809), fue escrita por Bernardo de Monteagudo, quien imaginó un diálogo entre Atahualpa, el último Inca y Fernando VII, a la sazón destronado durante la invasión napoleónica de España. El tema fundamental de esa pieza combativa apuntaba a sostener el derecho a la insurrección y a la independencia: si los patriotas españoles podían repeler legítimamente la tiranía implantada por Napoleón, los americanos estaban también en perfectas condiciones para romper con el yugo ibérico, impuesto por la fuerza y la violencia. Más que en el *jus resistendi* clásico, Monteagudo se inspiraba en el pensamiento de Rousseau, cuando aducía que los españoles habían perdido toda su autoridad en el Nuevo Mundo al violar flagrantemente la justicia y los derechos humanos.

Se ha interpretado que el *Contrato Social* llegó a representar algo así como el evangelio laico para los estudiantes más activos de Charcas. Mariano Moreno, otro egresado de ese mismo centro de enseñanza superior, desde un puesto político clave enaltece e implementa dicha obra de Rousseau, por su tenacidad en defender la soberanía popular y en vulnerar el supuesto derecho divino de los reyes. Vencida la juventud jacobina, desplazado su líder Moreno y frustrado el levantamiento

de sus partidarios, aquél se embarca para Londres, falleciendo en el trayecto. Al despedirse de sus amigos, un 24 de enero de 1811, les había expresado: "Yo me voy, pero la cola que les dejo es muy larga".

Más allá de las distintas secuelas en las que cabe encontrar ulteriormente un temple ruptural y democratizante afín con el espíritu moreniano, pueden rescatarse apreciaciones como las de Germán Arciniegas, acerca de que la revolución independentista no constituye un producto del caudillaje ni una idea emanada de los cuarteles sino el triunfo de la conciencia estudiantil de vanguardia superando el cruce helado de los Andes y otros obstáculos similares.

Las sociedades patrióticas, literarias y políticas juveniles cumplieron a su vez una función renovadora. Entre los nucleamientos de esa índole más ostensibles, figura el círculo de la Joven Generación Argentina creado por Echeverría con el fin incumplimentado de producir una segunda emancipación: la mental y cultural. El rosismo aludió a esa agrupación reivindicativa —paralela a otras organizaciones contemporáneas (la Joven Italia, la Joven Alemania o la agrupación trascendentalista dirigida por Emerson en Boston)— como integrada por "muchachos reformistas y regeneradores", por "estudiantes de Derecho presumidos y holgazanes".

El fin de la centuria y los albores del siglo XX traen aparejados una gran variedad de sintomáticas entidades. Se fundan clubes cívicos pilotados por jóvenes estudiantes que tendrán un rol significativo tanto en el enfrentamiento con el régimen corrupto del juarismo y en la Revolución del Parque (1890) como en la plasmación de trascendentes partidos populares (radicalismo, socialismo, democracia progresista).

Por ese entonces fue acentuándose la creencia en el sentido afirmativo que, dentro de la evolución histórica, correspondía asignarle al accionar de sectores tradicionalmente descalificados: los trabajadores, la mujer, el hombre de color. Al mismo tiempo, surgía una confianza semejante en las potencialidades redentoras de la juventud. Un texto del intelectual anarquista Alberto Ghirardo nos sirve para ilustrar dicha mentalidad, lindante con el llamado juvenilismo, el cual también acompaña diversas innovaciones estéticas y una actitud que rescata la bohemia e impugna el prototipo burgués:

existe una clase de proletarios mucho más digna aún de llamar hacia ella la atención que la compuesta por los trabajadores manuales! [...] esa juventud llena de ideales que pocos comprenden, que muchos desprecian y a quien ningún poderoso, ningún gobierno tiende la mano amiga; esa juventud pensadora que a pesar de todo va dejando en el camino de los tiempos su ruego de luz y preparando en las edades las diversas jornadas de las civilizaciones ("Bajo la cruz")

Durante dicho período finisecular, el modernismo exalta la figura del joven en contraposición a la cultura burguesa. La juventud aparece aquí como agente movilizador por excelencia de las masas. Semejante mística juvenil impregna las primeras generaciones reformistas de nuestra América hasta prolongarse sensiblemente en el tiempo. Simultáneamente, los estudiantes de Guatemala inauguran una valerosa tradición de resistencia contra las dictaduras y el imperialismo, mediante la llama-

da huelga de Dolores y su vocero periódico *No nos tientes*, cuyas modalidades se han extendido de una manera u otra hasta nuestros propios días.

Más tarde, comienzan a producirse serios conflictos dentro de la Universidad de Buenos Aires, cuando se inauguran los primeros centros estudiantiles y la Federación Universitaria de esa ciudad (FUBA, 1908), los cuales, pese a perseguir propósitos puramente gremiales, serían desconocidos por las autoridades. Asimismo, se inician los congresos internacionales de estudiantes (Uruguay, 1908; Argentina y Colombia, 1910; Perú, 1912), donde se proclama la rebeldía como principio cósmico omnicomprendivo y se exige un modelo universitario con plena injerencia del alumnado, que habría de confederarse en una liga americana.

La inadvertida relevancia de esos encuentros internacionales puede traducirse en motivos de significativa avanzada, verbigracia: establecer las innovaciones primordiales que, a partir de 1918, se ampliarán con el movimiento reformista organizado —autonomía, cogobierno y extensión universitarias—; alentar los anhelos de fraternidad continental, anticipando los recientes proyectos oficiosos de integración regional con propuestas que permiten un replanteo más a fondo sobre el particular; denunciar la política expansionista de Estados Unidos; adelantarse a las reuniones celebradas por las universidades de América Latina hasta su confluencia definitiva en la UDUAL al promediar la centuria. Se trata de un vasto repertorio conceptual que, pese a tanta interpretación encontrada, testimonia la potencialidad reflexiva de nuestra juventud universitaria e insinúa respuestas alternativas a los modelos dominantes en el ejercicio del poder, lo cual resulta singularmente auspicio-

cioso para una época como la presente, de primicias conservadoras y mentados desencantos.

En el evento celebrado en la Argentina, tanto el civismo como la formación del carácter dieron mucho que hablar, estimándose que la ausencia de una vigorosa conciencia nacional fomentaba la indiferencia política de los jóvenes. En oposición a la fiebre mercantil y contra el afán de lucro, debía exhortarse a los estudiantes para que tomaran parte activa en las luchas civiles, hasta que el sufragio dejara de ser una mentira convencional en América Latina. Allí quedó trazado el sentido general que se le asignaba a los congresos de estudiantes americanos: “nacieron para llenar una verdadera necesidad internacional [...] evitar en el futuro la situación de aislamiento en que han vivido durante un siglo las repúblicas sudamericanas, con incalculable perjuicio para su progreso”.

El grito de Córdoba

Si a todos esos antecedentes inmediatos les añadimos algunos factores de relevante magnitud interna y exterior —Revolución Mexicana, I Guerra Mundial, Revolución Rusa, nuevo elenco gubernativo en la Argentina con el triunfo de la Unión Cívica Radical, corrientes vitalistas e idealistas—, puede inferirse que se había generado el clima para el célebre estallido con el cual irrumpe la Reforma Universitaria en Córdoba hacia 1918. La proyección continental que alcanzó dicho movimiento estudiantil dio lugar a que el mismo fuese visualizado, con máximo entusiasmo, como la segunda empresa común de los países latinoamericanos,

tras los cien años de mutua soledad que siguieron al ciclo de su independencia política.

Además de la resonancia americana que poseyeron esos dos grandes fenómenos históricos —Revolución de Mayo y Reforma Universitaria—, en ambos se presenta una línea enunciativa concomitante. Si Moreno refutaba el pretendido soporte celestial de la realeza y acudía a la voluntad colectiva, Deodoro Roca —junto con otros miembros de la Federación cordobesa— denunciaba en el Manifiesto Liminar de la Reforma un régimen académico anacrónico montado sobre “el derecho divino del profesorado universitario”. Allí se reclamaba el poder de decisión para los estudiantes, en tanto soberanos primordiales de una universidad democrática. Dicho documento no sólo se dirigía proféticamente a los hombres libres de nuestro hemisferio sino que también anunciaba una inminencia revolucionaria similar a la de Mayo o a la de los nuevos tiempos insurgentes.

En definitiva, se estaba preconizando la insubordinación ante un sistema universitario que ponía en tela de juicio la propia entraña de la enseñanza superior, es decir, la capacidad de los alumnos para distinguir valores y para elegir a sus maestros. Salvando distancias, no costaría mucho parangonar tales demandas con las objeciones anticolonialistas formuladas en proclamas como la que redactó clandestinamente el joven Monteagudo contra el yugo español y para los “valerosos habitantes” de La Paz, a quienes exhortaba a establecer un nuevo sistema de gobierno basado en los intereses nacionales:

*Hasta aquí —se lamentaba Monteagudo—
hemos tolerado una especie de destierro
en el seno mismo de nuestra patria; he-*

mos visto con indiferencia por más de tres siglos inmolada nuestra primitiva libertad al despotismo y tiranía de un usurpador injusto, que degradándonos de la especie humana nos ha reputado por salvajes y mirados como a esclavos: hemos guardado un silencio bastante análogo a la estupidéz que se nos atribuye por el inculto español

En el caso específico de la Argentina, puede además admitirse que, más allá de sus avatares ulteriores, con la Reforma Universitaria, si no llegó a esbozarse allí un orden nuevo, como aseguró uno de los principales protagonistas y estudiosos de ese mismo movimiento, al menos se articuló una cultura de tipo juvenil que logró adelantarse precozmente a los casos similares en otras partes del mundo.

Aunque la causa estudiantil contó con escaso apoyo del claustro docente y fue visualizada por los sectores conservadores de la Iglesia y del laicismo como una revuelta de activistas e incluso como un complot delictivo, algunas viejos maestros como Alejandro Korn le prestarían su respaldo fáctico y teórico a la vez. Korn señaló la profunda crisis de actualización por la que atravesaba el ámbito universitario todo, descartando con ello la hipótesis de una confabulación siniestra, mientras recalca la tónica innovadora del movimiento reformista, al cual le otorga un papel fundamental en tanto reflejo de una necesidad histórica dotada de elementos originales y de un decisivo protagonismo estudiantil:

La reforma universitaria no es una obra artificial [...] Es la obra colectiva de nuestra juventud, movida por impulsos tan vehementes y espontáneos como no habían

vuelto a germinar desde los días de la asociación de mayo, cuando el verbo romántico de Echeverría despertó las conciencias a nuestra vida [...] Larga es la serie de esas creaciones postizas, que, o no arraigan en nuestra tierra o experimentan una degeneración criolla que las convierte en caricatura de sus originales. La juventud argentina —honor a ella— supo hallar la vía propia, la solución argentina y nacional. A no ser por su arrojo, todavía estábamos deliberando

Así, durante reiteradas oportunidades, "el viejo Korn" —como lo apodaban dilectamente sus más íntimos allegados— defendió las luchas estudiantiles y la causa reformista, criticando a las autoridades universitarias por hallarse inmersas en la politiquería criolla. Se entusiasmaba con el proceso de concientización juvenil y con el poder creativo que ello le otorgaba al estudiantado. Conceptuaba a la Reforma Universitaria como un hecho espontáneo que se remonta a la misma Revolución de Mayo y que traduce la voluntad de las nuevas generaciones frente a la crisis experimentada durante la evolución nacional. Se negaba a enlazar la cultura con las universidades y las academias, al detectar en ellas resabios coloniales que las cristalizaban en el pasado. Korn aludía al sentido general en el que se inscribía dicho movimiento, como cargado de valores morales y estéticos, con hondas raíces vernáculas y un fuerte anhelo de justicia social. Defiende a la Reforma más allá de sus contramarchas y de todo dogmatismo, como una conquista que, aunque definitiva, recién estaba comenzando a articularse. No se trataba de una mera fórmula sino de un proceso dinámico según el cual resulta ineludible la intervención de los estudiantes en el gobierno universitario, pues

“ellos y solamente ellos representan el ímpetu propulsor, la acción eficiente, capaz de conmovir la inercia y evitar el estancamiento”.

Frente a una anticuada generación escéptica y reaccionaria, Héctor Ripa Alberdi, discípulo de Korn, exaltó a su vez la juventud del Novecientos como una estrella salvadora en la oscuridad, como una fuerza histórica distinta —pensante, creativa y rebelde— llamada a renovar las bases fundamentales de la cultura. En tiempos de liberación social, las nuevas generaciones además de sobrepasar el realismo ingenuo, interconectan la alta especulación con el saber popular y preparan la emancipación del brazo y la inteligencia. Esa misma juventud heroica, que cuestionó a sus maestros, daría lugar a una nueva existencia dentro del espacio incontaminado y la mentalidad virgen de nuestro continente americano, desprovisto de egoísmos materiales, donde podría efectivizarse la hermandad de los trabajadores. A la vieja universidad, enclaustrada y profesionalista, Ripa le contrapone otra de índole socrática, abierta a las palpitaciones del mundo y a la pureza justiciera de los pueblos. Se trata de impulsar una educación para la vida en libertad que presupone la revisión integral de los métodos didácticos. Con la Reforma Universitaria, una conquista netamente estudiantil, no sólo cayeron los profesores sin autoridad moral ni académica. También se pretendía abandonar la frivolidad de la enseñanza, la orientación napoleónica y utilitaria de las universidades argentinas que convierte a éstas en meros organismos expedidores de títulos, hasta acentuarse el cultivo de las ciencias puras y la indagación filosófica.

Uno de los principales líderes socialistas de nuestra América, Alfredo Palacios, brindaría su amplio reconocimiento al movimiento estudiantil

iniciado en Córdoba y expandido por todo el continente y la península ibérica. Pese a la reacción evidenciada por los exponentes de la vieja institución, que sólo vieron en aquél fenómeno una anárquica explosión de pasiones, el reformismo ha traspasado un fecundo andar:

La participación de estudiantes y egresados en la designación de autoridades, la asistencia y la docencia libres, etc., han cambiado fundamentalmente la estructura universitaria para adaptarla a otras corrientes educacionales [...] instrumentos que permitirán desarrollar con amplitud la función social de la universidad. No se ha de limitar esta a la preparación de simples profesionales [...] sino a la tarea de preparar hombres capaces de afrontar los problemas inmediatos de la vida (Carta a las facultades sudamericanas, 1922)

Ante la dictadura militar que se establece en la Argentina hacia 1930, no deja Palacios de testimoniar su confianza en los merecimientos juveniles: “Creo en la juventud, porque la virtud cardinal de su espíritu es la pasión de la justicia, origen auténtico del socialismo que alumbra ya en las palabras de Jesús. El alma joven repudia la esclavitud, abomina el despojo y la injusticia; ama el esfuerzo y se juega íntegramente por sus ideales. El día en que en nuestro país predomine el sentimiento juvenil la verdad se impondrá por el estudio, se explotarán las riquezas materiales en beneficio común y la democracia con un cimiento moral será el impulso dinamizante y dignificador que transforme y glorifique la existencia.”

Además de la representación estudiantil, el mo-

vimiento reformista organizado planteó, entre otras instancias académicas, la autonomía universitaria en materia política, docente y administrativa, así como la calidad y gratuidad de la enseñanza, la libertad y la periodicidad de la cátedra, la asistencia libre, etc. Por otra parte, propició la extensión universitaria, la sensibilidad social y la mancomunidad con la clase obrera, el pacifismo y la lucha antiimperialista, contra la oligarquía y el clericalismo. Sus acercamientos efectivos a la solidaridad latinoamericana y a la unificación integral de nuestros pueblos convierten a dicho movimiento en uno de los más importantes precedentes culturales con el que deben contar proyectos regionales como los del Mercosur. Uno de los casos argentinos más representativos, por su aproximación al estudiantado de América Latina y su ruptura del clásico aislamiento continental de nuestro país, estuvo a cargo de la Universidad Nacional de La Plata; tradición que fue sensiblemente truncada por la política limitacionista a fines de los sesenta —cuando en las universidades de Europa y Estados Unidos los jóvenes se lanzan a exigir diferentes modificaciones académicas que en buena medida ya habían sido anticipadas por nuestros reformistas del 18. Es que la Reforma Universitaria en Latinoamérica constituye una de las tantas expresiones que revierten la trillada versión sobre los ascendientes hegemónicos desde el norte hacia el sur para entroncarse con otras vertientes innovadoras como el modernismo literario o como la filosofía y la pedagogía de la liberación.

¿De la insurgencia a la desmovilización?

Las distintas manifestaciones del conservadurismo y del fascismo vernáculos intentaron destruir las conquistas reformistas, mediante crecientes avances del Estado sobre la autonomía y el cogobierno universitario, hasta desembocar en la desaparición de numerosos militantes estudiantiles. Salvo el corto interregno que va de 1958 a 1966, a la universidad pública argentina no se le permitió funcionar como una entidad autogestionaria y de alta excelencia académica hasta el período que se inicia en 1983, tras la implantación de un régimen constitucional sin proscripciones.

En el ínterin se produjeron diversos picos de resistencia y rebeldía estudiantil. Por ejemplo, la sostenida oposición del estudiantado en 1945 a la intervención de las universidades por parte del Poder Ejecutivo o los enfrentamientos con la dictadura de Onganía que condujeron al cordobazo. Esta última pueblada se desencadena bajo el espíritu insurgente de los sesenta como motor esencial para el cambio, con fenómenos tales como la Revolución Cubana, el mayo francés y la apuesta por una liberación absoluta: desde el plano social y nacional hasta la vida sexual y la dimensión teológica. Se enfatizaba el compromiso que debía asumir la comunidad universitaria. Mientras la juventud europea expresaba su hastío por la sociedad opulenta y pugnaba por posicionarse mejor dentro del aparato universitario, en el Tercer Mundo los jóvenes se batían contra el subdesarrollo y la explotación.

Un episodio al parecer intrascendente encendió la chispa cuya detonación final explotaría con el

mencionado cordobazo. En la ciudad de Corrientes, la privatización del comedor estudiantil perteneciente a la Universidad del Nordeste elevó los precios a niveles astronómicos, provocando una secuela de movilizaciones estudiantiles y obreras que fueron reprimidas violentamente. Ello ocurrió tanto en dicha ciudad al igual que en Rosario, La Plata y Tucumán, cuyas calles se colmaron de universitarios y civiles en repudio por las víctimas juveniles que fueron cayendo bajo la violencia policial. En mayo de 1969 se extiende el conflicto hacia Córdoba, donde se condensan los signos de una protesta generalizada, con levantamientos populares, huelgas y grandes refriegas en las cuales participó la central sindical e inclusive estudiantes que concurrían a la Universidad Católica local. El barrio de Clínicas, reducto típicamente universitario, fue tomado por los estudiantes, quienes aprovecharon para declararlo territorio libre de América —como habían hecho los universitarios bolivianos con sus propias casas de estudio poco antes del asesinato del Che.

La juventud en los sesenta llegó a tener una dimensión cuasi omnímoda, como lo reflejaron tantos *graffiti* de la Sorbona: "Sean realistas exijan lo imposible". Hoy parecería en cambio, al menos en los países septentrionales, como si los jóvenes estuvieran sumidos en la retracción y el desentendimiento, no sólo ante los problemas mundiales o locales sino hacia el propio estudio en particular. Hasta se insinúan perfiles pasatistas y aburguesantes, tendientes a pensar con el bolsillo en detrimento del corazón. El clamor de la nueva generación posmoderna apuntaría, por un lado, en esta orientación hedonista: ¡Nada de compromisos, ni de arreglar nada, viva el libertinaje! Por otro, se refrenda una ética gladiatoria de la supervivencia,

como lo grafica una canción de Miguel Bosé:

*Toda una existencia para verme convertido
en un buen corredor.*

*Toda mi paciencia día a día para hacerme
cada vez mejor.*

Ser tercero es perder.

*Ser segundo no es igual
que llegar en primer lugar.*

Voy a ganar.

Voy a ganar.

Voy a matarme por llegar [...]

Voy a poderlo demostrar.

Voy a ganar

Incluso en repertorios tradicionalmente contestatarios se rechaza la pretensión de apartarse de lo musical en sí mismo y cambiar las cosas, meterse en asuntos peligrosos y recurrir a un pensamiento cuestionador.

Al igual que la drogadicción —y aún quizá con mayor eficacia que las dictaduras militares que han sofocado las luchas estudiantiles— un ordenamiento competitivo y fragmentario, más atomista que pluralista, más partidario del valelotodo que del relativismo cultural y político, apunta a desarticular los movimientos estudiantiles y despojarlos de sus grandes metas, las cuales resultaron una moneda corriente durante décadas pasadas a lo largo y ancho del planeta.

Entre las principales explicaciones que se han ensayado acerca de tan llamativo repliegue se encuentran las de José Joaquín Brunner y José Agustín Silva Michelena, durante un seminario efectuado en Caracas, hacia 1985, con motivo de celebrarse el Año Internacional de la Juventud.

Para Brunner se hallaría estructuralmente sellada la suerte del movimiento estudiantil como un bloque homogéneo de poder. Además del desbor-

dante aumento de la matrícula, que en un lapso de veinte años triplicó la magnitud del estudiantado, se ha producido una multiplicación fabulosa de universidades con diferentes orientaciones y opciones curriculares. Entre paréntesis, en la Argentina, de sólo tres universidades nacionales que funcionaban reconocidamente en 1918, no estarían lejos hoy del centenar las casas de estudio existentes en el mismo país. Semejante crecimiento y diversificación, mientras desalienta la vigencia de un único movimiento estudiantil fomenta los intereses estrictamente corporativos, gremiales o económicos en perjuicio de la brega ética o política. Además, el readvenimiento de la democracia posibilita una neta separación entre el ciudadano y la vida partidaria, por un lado, y el universitario con un programa institucional más acotado, por el otro. En consecuencia, la tradición de los 60 resultaría incompatible con el nuevo escenario cuyos objetivos se restringen sobre todo a actividades intraacadémicas.

El enfoque de Silva Michelena concuerda con el diagnóstico señalado, en cuanto a la gravitación del exitismo profesionalista y del modelo neoliberal. Según él, ha habido un cambio significativo en la composición de la universidad: mientras que en otras épocas los estudiantes se dedicaban con exclusividad a la vida universitaria, en la actualidad han ido disminuyendo apreciablemente los alumnos de tiempo completo, para dar paso al estudiante que trabaja y por ello se encuentra menos involucrado en las clásicas contiendas. Sin embargo, Michelena no considera la pasividad estudiantil como algo necesariamente definitivo, pudiendo aguardarse una nueva forma de militancia, en alianza con los sectores populares, ante las políticas de ajuste impuestas desde los centros crediti-

cios que generan agudas tensiones sociales y facilitarían la fusión con los trabajadores. Con ello se producirá un nuevo período de reflujo del activismo estudiantil en el cual la juventud universitaria recuperaría su propia identidad histórica.

A la luz de lo que ha ido aconteciendo en los últimos tiempos parece más verosímil la posición de Michelena. Por distintas razones, la juventud latinoamericana ha podido mantener dentro y fuera de las aulas, un grado de problematización y criticismo bastante mayor que el de sus congéneres europeos —confrontar, *v.gr.*, el *putsch* de los estudiantes brasileños que incidiría en la caída del presidente Collor de Melo, así como las manifestaciones contra Oviedo y Fujimori en Paraguay y Perú. En el caso específico argentino, se observaron intensas demostraciones estudiantiles para enfrentarse a una ley de educación superior con ribetes elitistas e inconstitucionales. Entre esas demostraciones se verificaron originales marchas y concentraciones multitudinarias —de escasos precedentes y con el acompañamiento de la dirigencia sociopolítica y gremial—, reiteradas tomas de universidades, una campaña en la cual se recolectaron 800.000 firmas con propósitos plebiscitarios, etc. Si bien algunas de las consignas coyunturales se vinculaban aquí con la lucha contra el arancelamiento y las restricciones a la autonomía universitaria, el sentido principal de tales manifestaciones cala más hondo: hacia un tipo de universidad que, como la derivada de los primitivos anhelos reformistas, sirviese como herramienta de transformación social, al servicio de los sectores más perjudicados por el *establishment*. De allí la insistencia en la necesidad de preservar un cogobierno fuerte ante los designios oficiales de mermar la representación estudiantil.

La asfixia presupuestaria, la desolación y el deterioro que sufren las universidades y la educación básica en un país como la Argentina —que llegó a representar una verdadera avanzada en esas materias— se conectan con la política neoconservadora de desamparo comunitario y laboral. Así tenemos en verdad que, para satisfacer demandas como las estudiantiles —a la postre de las capas profesionales y técnicas— debe implementarse un plan de desarrollo más acorde con las necesidades nacionales. Hoy, como antes de 1918, nos enfrentamos con un modelo histórico caduco. La universidad tendrá que denunciar las causas de nuestro atraso y propugnar otras alternativas viables. Ello supone actualizar los emblemas valederos de la Reforma Universitaria que apuntaba hacia una tipo de democracia no meramente nominal y con una modernización menos empresarial y más humanista.

Generar, por ejemplo, una matrícula superior a la existente, tal como ocurre al fin de cuentas con los idealizados países del primer mundo, sería una manera de consolidar la utopía reformista de una universidad bien abierta, donde los estudiantes resultan los principales portadores de ese pensamiento transfigurador. Con ello, no estamos propiciando ningún tipo de efebocracia ni una sobrevaloración demagógica de la juventud. No adherimos a los planteos cosméticos de que sólo existen dos clases de personas: las más jóvenes y las menos jóvenes; ni creemos que el joven, por el sólo hecho de serlo, resulta un elegido de los dioses. Ante la crisis profunda de las visiones totalizantes y la ausencia de paradigmas, reivindicamos movimientos estudiantiles como el de la Reforma Universitaria por su postura adogmática frente a la enseñanza y a la vida —más allá de las desviaciones personales que aquella ha experimentado a lo largo del

tiempo. No interesa si se evoca con mayor o menor brillo el 15 de junio como el día alusivo de la Reforma sino recordar que fue el primer movimiento juvenil importante en lo que va del siglo; hecho éste que a veces resulta ignorado hasta por los mismos historiadores argentinos.

Como a Violeta Parra, pueden seguir gustando todavía aquellos estudiantes que marchaban sobre las ruinas con las banderas en alto. Y también los estudiantes que aún hoy, como poetas del aerosol, dejan sus huellas sarcásticas en los periódicos murales, mediante un lenguaje menos sacrificial que contempla distintos aspectos de la realidad, desde el terreno económico al jurídico, político, educativo y religioso:

La explotación es la base de la fortuna.

Me las pagarán (FMI).

El aumento de la nafta no nos molesta (Los Picapiédras).

No se puede amasar una fortuna sin hacer harina a los demás.

El dinero no es lo importante también están los cheques.

Soy un desocupado con varios años de experiencia.

En Argentina, 5 de cada 6 personas pasan hambre: yo, tú, él, nosotros, vosotros. —Sólo “ellos” se salvan.

Soy rico, no pago impuestos.

La justicia ya falló.

Sonríe, la justicia es ciega.

Colabore con los políticos, defraúdense usted mismo.

Vote a Nadie. Nadie cumple (Nadie).

El poder no se toma, se escupe.

El gobierno ama a los pobres... hay amores que matan.

Jesús es el camino, Marx es el atajo.

Política: arte de impedir que la gente se meta en lo que sí le importa.

Elimine intermediarios, vote a Clinton, sucursal Argentina.

*Mi slogan es: acabaremos con el hambre y la pobreza:
a partir de mañana, comeremos pobres.
Prefiero el gato al perro porque no hay gatos policías.
Seré lo que deba ser y sino seré taxista.
Por una sociedad sin clases, sí a los paros docentes.
La escuela prepara a los niños para el futuro, ¿pero
quién los prepara para el presente?
El mundo se está quedando sin genios: Einstein se mu-
rió, Beethoven se quedó sordo y a mí me duele la
cabeza.
Dios nunca hizo el amor.
Los curas se dan con ácido litúrgico.
Dios nos quiere a todos pero ayuda a los ricos.*

CRÍTICOS HISTÓRICOS Y VIGENCIA ACTUAL

En este capítulo se proponen dos metas principales. Por un lado, una faena que no parece haber sido emprendida hasta ahora: sistematizar las innumerables objeciones que sufrió el movimiento de la Reforma desde los sectores más variados. Por otro, ensayar un breve balance sobre la trayectoria reformista y sobre su eventual grado de perduración.

I. LOS IMPUGNADORES

El fundamentalismo clerical

Allá por 1917, un vocero de los jesuitas en la Argentina, la revista *Estudios*, calificaba al estudiante universitario como apresado por un materialismo fanático y cientificista, fruto del proceso de secularización que arranca en la Revolución Francesa y culmina a fines del siglo XIX. Frente a ese tipo humano, se exaltaba otro ejemplar juvenil, el de genuina cepa cristiana, guiado por normativas morales y preocupaciones metafísicas.

Poco tiempo más tarde, desde sectores afines se evaluarían las consabidas demandas estudiantiles en Córdoba como producto de un grupo le-

vantisco, de una jauría destructiva encabezada por caudillos plebeyos junto a la masonería, el liberalismo y el socialismo. Irrumpieron entonces las ideas ateas y apátridas que, contrarias a los nobles principios profesados por la conciencia religiosa de la mayoría, respaldan el control estatal de la enseñanza, raíz de todos los males.

Pese a atribuírsele tantas filiaciones a la corriente reformista, también se le niega un contenido ideológico determinado, como si se tratara del más puro activismo al servicio de meras conquistas inmediatas, mientras se denuncia su falta de espíritu afirmativo, su fobia a los sectores conservadores, militares y capitalistas. Dicho vacío doctrinario es imputado al caótico influjo del laicismo y el enciclopedismo en la formación escolar que promueve el abandono del principio de autoridad y patrocina la libertad de cátedra, con una perniciosa multiplicidad de escuelas u orientaciones en el ejercicio docente. Se llega incluso a quitarle toda relevancia a la propia dinámica intrauniversitaria del reformismo, dominado por una trasnochada actitud romántica e irracional, cuyo verdadero objetivo apunta hacia el ámbito callejero, la lucha de clases, la revolución social y la toma del poder; razón por lo cual debe ser combatido mediante las fuerzas policiales.

Contaminada por una veta disolvente y por la deplorable secuela del sufragio universal, la Reforma Universitaria ha introducido el electoralismo y la democracia en un orden incompatible como el de la jerarquía académica. A fin de evitar la politización de la universidad se exige su traspaso a la órbita privada, para que no siguieran egresando malos profesionales —quienes perdieron su tiempo en actividades gremiales— y para que los estudios pudieran mantener su nivel y los profesores su poder de decisión. Ello haría declinar la inex-

perta hegemonía juvenil y la universidad cesaría de ser un foco de agitación, violencia y bolcheviquismo.

Uno de los cuestionamientos principales que aparecen en esta perspectiva se relaciona asimismo con un postulado reformista básico: la intervención de los alumnos en el gobierno de la universidad —concebida como un santuario para almacenar el conocimiento fuera del mundanal ruido. El orden lógico, la naturaleza misma de las cosas, requiere una estricta división de aguas entre lo permanente y lo transitorio, entre enseñanza y aprendizaje, entre maestro y discípulo, entre capitán y marinero. Una postura maléfica que concedió el voto al aluvión estudiantil en los consejos directivos, ha desquiciado el sereno recinto del saber y su función puramente teórica, ajena a las vicisitudes sociales.

Dando por sentada la radical incompetencia e irresponsabilidad de los jóvenes para vérselas con el acontecer político, se enjuicia la conducción estudiantil como un disparate *contra natura* que subvierte a la universidad y produce gran parte de sus contratiempos.

La acusación a la Reforma Universitaria y a las agrupaciones estudiantiles de hallarse poseídas por designios e inflexiones del comunismo internacional, de practicar la concientización marxista-leninista, ha sido un permanente *leit motiv* para el elitismo católico de marras, que ha visto con mucho resquemor el crecimiento de la matrícula y del presupuesto en la universidad pública. También se desdeña el ingreso irrestricto, el sistema de concursos y la extensión universitaria como una forma encubierta de penetración ideológica en la comunidad.

Nos hallamos ante un enfoque según el cual la inadmisibles democratización de la universidad, la

equiparación de los talentos, implica una opción cuyo trasfondo está constituido por la demagogia y el populismo muchachista. En definitiva, la Reforma llega a percibirse aquí como una concepción sin ningún fundamento filosófico y viciada de cabo a rabo por la falsedad. Además de resultar un movimiento artificioso, el reformismo ha exhibido una severidad hacia sus herejes y disidentes mucho más implacable que la de la misma Inquisición.

La crisis universitaria se encuentra íntimamente ligada a la neutralidad religiosa en materia educativa. La esencia de los estudios superiores sólo permanece a buen recaudo con la Universidad Católica, en cuyo seno no deben manifestarse opiniones adversas al dogma. En consonancia con ello, el único humanismo auténtico proviene de la canónica cristiana, una vía excluyente para perfeccionarse y acceder a la bienaventuranza eterna, por su enfrentamiento con el reino pagano de la modernidad.

El arco progresista

La Reforma Universitaria ha suscitado, en mayor o menor proporción, diversos reparos desde sus propias filas y por parte de aquellos que no pueden ser ubicados, como en el caso anterior, dentro de un espectro ideológico diametralmente opuesto. Nos topamos así con imputaciones procedentes de las mismas tendencias que el encuadre reaccionario había señalado como fuentes inspiradoras primordiales del derrotero reformista: el liberalismo radicalizado, las variantes socialistas, etc. Ya en época temprana, tales señalamientos

han rozado aspectos parciales del ideario en cuestión e incluso ensayaron un ataque a fondo sobre todo el movimiento en bloque.

Ciertas observaciones se han detenido en la manera de implementar el gobierno en la enseñanza terciaria: si dejando de lado como ilusorio al paraíso soviético y adoptando el criterio que la universidad debe regirse por los más idóneos o si se incorporaba un esquema representativo que introdujera el voto secreto en las elecciones internas. Otros considerandos basaron el problema universitario en las limitaciones financieras que impedían la existencia de catedráticos que no fuesen meros divulgadores sino que hicieran ciencia en serio. A dicho déficit en la formación real de investigadores se le adjudicaba una importancia decisiva para el desarrollo nacional, pues suponía la ausencia de una dirección intelectual orgánica que, como en otros países, estuviese a cargo de la universidad.

Algunos expositores pretendieron despojar a la Reforma de sus inquietudes políticas y constreñirla a un episodio estrictamente educativo. Por ejemplo, durante el emblemático año de 1928, Coriolano Alberini censuró duramente a quienes querían imprimirle rumbos extrauniversitarios, tratándolos de “gárrulas vestales”, de hermeneutas y profesionales de la Reforma que, afectados por una epilepsia pseudorendentora, se hallaban envueltos en tropicalísima nube de peroratas.

Desde otra vereda, se intentó minimizar la importancia de la Reforma para reducirla a una simple derivación de la infraestructura económica y de la proletarización experimentada por las capas medias, de cuyo seno procedía la mayor parte del estudiantado universitario, ingenuamente enfrentado a los privilegios dentro de la institución. Los reformistas históricos no lograban percibir que, así como ciertos partidos afines traducían los intere-

ses de la burguesía mercantil e industrial, la universidad representaba un baluarte del capitalismo, del imperialismo y los círculos dominantes. Sin el reemplazo del sistema societario, la Reforma sólo consigue un equilibrio inestable, proclive a la corrupción y al oportunismo. La victoria reformista se dará únicamente cuando el estudiante y el profesional abandonen la torre de marfil, el misticismo juvenillista, su *status* de intelectuales burgueses, para identificarse con la condición proletaria.

Así se insiste en objetar el carácter intuitivo e idealista, las fantasías demo-liberales y pequeño-burguesas que adoptó inicialmente la juventud latinoamericana, para enfatizar el siguiente imperativo: que las vanguardias universitarias estrechen filas junto al movimiento sindical para combatir el *establishment* y dar lugar a una generación efectivamente novedosa, imbuida de las ideas más avanzadas. La gesta independentista latinoamericana, continuadora de la revolución de 1789 en Francia, no resultaba un estandarte suficiente para la Reforma. Ésta debía ser subsumida dentro de otro fenómeno histórico, proyección de la Revolución Rusa, que inaugura el ciclo antagónico del colectivismo y la democracia obrera. Mientras el proceso reformista había comenzado bajo una faceta jurídica y siguió con un cariz eticista, la lucha contra la dictadura a partir de 1930 tenía que asumir una específica dimensión social.

Ante el cercenamiento de los derechos civiles y el auge del fascismo, iba cobrando vigor el frente externo y las versiones maximalistas. Pese a los sucesivos recortes a la autonomía académica, perdían su gravitación las posiciones que, declarándose neutrales, se centraban en los aspectos estatutarios y techno-pedagógicos de la Reforma. Hasta sus propios pioneros y fundadores origina-

les llegaron a aducir que había sonado la hora ne-crológica de la Reforma Universitaria, como una típica expresión clasista cuya validez yacía en los archivos del pasado y cuyo eventual renacimiento quedaba restringido a un único emergente: la sociedad socialista. Simultáneamente, no dejaba de condenarse el burocratismo, la fosilización y las desviaciones en las que habían caído antiguos militantes reformistas al incorporarse al *staff* docente o al convertir la rebeldía juvenil en custodia del sistema.

Las propuestas en torno a un emprendimiento universitario que contribuyese a implementar los cambios estructurales más profundos van a recrudecer a partir del espíritu insurgente de los años sesenta y de una serie de acontecimientos mundiales sobradamente difundidos. La tradición reformista vuelve a caer bajo la picota revolucionaria, tanto desde su operatividad extraacadémica como en sus ya clásicas reivindicaciones institucionales (asistencia y docencia libres, régimen de concursos y de exámenes, autonomía a ultranza).

Es entonces cuando se le achaca al reformismo un sinfín de limitaciones: guiarse por la mera protesta y el descontento personales; padecer de grandes contradicciones teóricas en su propia composición interior; sustentar un democratismo nominal junto a un oportunismo burgués y un infantilismo de izquierda; cultivar una imagen paternalista de su papel protagónico y reducir la extensión universitaria a una actitud asistencialista; obedecer a un internacionalismo antipopular y procolonial; reflejar un gremialismo inocuo y un excesivo interés por la conducción académica y el gobierno tripartito; su visión descontextualizada de la universidad como una república insular; su hipervaloración de la ciencia y de la modernización de

los estudios; su planteamiento utopista de que el pueblo sea educado sin previa liberación social y nacional; su contrasentido político de pensar a la universidad como agente de transformación histórica.

Con el propósito de vincular la universidad con el país real, influyentes autores como Arturo Jauretche exigieron que la Reforma alcanzara un máximo grado de politización, mientras le reclamaban a los estudiantes que dejaran de ser un producto híbrido, para lo cual debían abandonar el narcisismo libresco y el revolucionarismo abstracto.

En suma, se propaga la tesis sobre la infecundidad total de la Reforma, por su impotencia para alterar la honda inclinación profesionalista de la universidad y por su incapacidad para adecuarse a la evolución de nuestros pueblos. Asimismo, se hace hincapié en el múltiple aislamiento que trajo consigo el vago discurso reformista: frente al movimiento obrero, a los sectores mayoritarios de la clase media y a los propios intelectuales y nucleamientos de izquierda. Por añadidura, se cargan las tintas en cuanto a la carencia de un sólido y coherente proyecto universitario. Desprovista de interlocutores externos, aquélla termina por perder su base de sustentación en el profesorado y ante la misma masa estudiantil.

II. REVALORIZACIÓN

Frente a los bandos detractores, no han escaseado obviamente las exaltaciones en torno al fenómeno en cuestión. Así la Reforma producida por

el movimiento estudiantil sería conceptualizada como un hondo tajo que divide a las generaciones, como el despertar de una trascendental conciencia histórica que marcaba el principio de otra civilización francamente distinta:

La Reforma separó dos épocas. En cierto modo, equivale, entre nosotros, a nuestra era de Versalles. Quedaron allá los adoradores del ayer colonial, los hispanistas de faramalla, los europeizantes enragés, los anti-indigenistas, los estetas, los tolerantes teóricos e intolerantes prácticos. Se alinean acá, —tal la raya de la Isla de Gallo— los buscadores de una entraña auténtica, sea indígena, sea colonial, de preferencia criolla; los americanistas de veras [...] Allá la oligarquía, acá la democracia. La Reforma hizo eso. Clarificó posiciones. Definió campos. Volvió a la tierra a la gente nuestra. A la tierra y al pueblo. Trató de que el intelectual se hiciera ciudadano (Luis Alberto Sánchez)

Se ha hablado en consecuencia de un giro copernicano que llevó a la universidad latinoamericana, por un lado, a desplazar el eje pedagógico del docente y de las asignaturas hacia el propio alumno; por otro, a redefinirse a sí misma en relación con la problemática circundante, más allá de lo que venían dictando los patrones importados.

Los aldabonazos reformistas facilitaron la exclaustación de universidades ajenas al clamor social, tal como las describiera gráficamente Miguel Ángel Asturias: “tortugas, ciegas, sordas, mudas, inmóviles, metidas en sus caparazones, mientras afuera se cuentan por millones los que no saben leer, carecen de toda enseñanza elemental, y lo

más grave, ignoran totalmente sus derechos y deberes de ciudadanos”.

El programa reformista fue expuesto y sucintamente propalado en momentos de esplendor por Alfredo Palacios: renovación educativa, solidaridad con el alma popular, elaboración de una cultura nueva y federación de los pueblos iberoamericanos. Programática cuya línea máxima había quedado sentada en las resoluciones iniciales del Congreso Internacional de Estudiantes que se llevó a cabo en México hacia 1921:

La juventud universitaria proclama que luchará por el advenimiento de una nueva humanidad, fundada sobre los principios modernos de justicia en el orden económico y político.

Para ese objeto luchará:

Por la abolición del actual concepto del Poder público, que, suponiendo al Estado una entidad moral soberana diversa de los hombres que lo constituyen, se traduce en un derecho subjetivo de dominación de los menos sobre los más.

Por destruir la explotación del hombre por el hombre y la organización actual de la propiedad, evitando que el trabajo humano se considere como una mercancía y estableciendo el equilibrio económico y social.

Por cooperar en oposición al principio patriótico del nacionalismo, a la integración de los pueblos en una comunidad universal.

Entre los aciertos puntuales que trajo la prédica reformista se encuentran sus esfuerzos tendientes a resignificar la idea de cultura para que ésta deje de ser mentada en términos ornamentales o acumulativos y pase a visualizarse como la realiza-

ción de determinados valores prioritarios, fundamentalmente, el intento por afirmar la justicia, el orden y la libertad en un orbe injusto, desordenado y tiránico. Tales presupuestos cívico-mundanos no suponían desligarse del estudio y la investigación sino, por lo contrario, abogar por modalidades participativas de trabajo académico, acordes con los tiempos y en pugna con una ciencia esotérica y charlatanesca. De allí el gran acento que se ha puesto desde el comienzo sobre dos alternativas universitarias básicas: el laboratorio y el seminario.

Junto a la brega por la unidad continental o al empeño para contener los odios raciales y fronterizos, las organizaciones reformistas se han abocado también a impulsar la integración de las universidades de nuestra América desde diferentes perspectivas. Por una parte, al interior de cada casa autónoma de estudios, mediante la comunidad de todos sus miembros, la mayor receptividad para la incorporación del alumnado y el asesoramiento prestado a los intereses nacionales. Por otra, el aliento concedido a la unión de todas las universidades, como símbolo de la fraternidad latinoamericana y de los principios consagrados por la juventud reformista.

Cabe mencionar aquí las diversas convergencias reivindicativas que a lo largo del siglo se produjeron entre el estudiantado y el movimiento obrero de América Latina; esa serie de emprendimientos comunes que, pese a cierto desencuentro, perfila un derrotero difícilmente equiparable en otras zonas del planeta. Constituye además un caso bastante excepcional el prolongado servicio honorífico que han brindado los estudiantes latinoamericanos en cuanto a la implementación de cursos y diferentes auxilios profesionales para la clase trabajadora.

¿Qué cuadro distintivo podría trazarse de las luchas estudiantiles y sus prototipos individuales? En cierto modo, el alumno anterior al advenimiento de la Reforma lucía un precoz porte magistral y ostentaba un superfluo aristocratismo goliardesco, de cuño arielista y, ocasionalmente, con resabios naturalistas. El nuevo sujeto histórico que iría configurándose *a posteriori* surge como una mezcla de iconoclastia e inconformismo, compelido a medirse contra todos los entuertos. De ahí la definición que se fue acuñando de la vejez como un signo de parálisis o anestesia ante la injusticia. De ahí la reacción de los defensores del *statu quo* que inculpaban a los jóvenes de responder a tendencias disolventes y anárquicas, mientras se desataban campañas moralizadoras y el periodismo incluía los conflictos estudiantiles, junto a los sindicales, dentro de la crónica policial.

Por más que a veces, en etapas de mucha radicalización colectiva, nuestros militantes estudiantiles hayan trasuntado una conducta estereotipada, una visión maniquea, rígida e irrealista, no es menos cierto que pueden en cambio adjudicárseles otras rasgos netamente positivos que, como señaló Carlos Real de Azúa en su libro sobre la universidad, revisten una gran importancia en sociedades que apenas si pueden exhibir cualidades análogas en sus sectores restantes:

la generosidad y la compasión humana, la nitidez de las opciones y las decisiones, el desinterés por las propias ventajas o los posibles logros materiales, la desaprensión de los riesgos, el despego a una visualización del propio destino en cuanto él se desglose del curso deseado o temido de los acontecimientos colectivos, el dinamismo activista más esforzado, una fe

muy intensa en los valores, símbolos e ideas a las que con pasión adhiere, la aptitud para la solidaridad efectiva hacia los que junto a él luchan

La interpretación ultraconservadora ha persistido en su explicación de la Reforma como un sectarismo siniestro y solapado que provoca la alteración académica, el atraso científico y la perturbación social, sin analizar empero las causas profundas de tales inconvenientes. El supuesto nuclear parte de la idea de que la sociedad y el mundo contienen un basamento sólido e inmodificable. Desde los bastiones tradicionales, se remarca la existencia de un sólo camino revelado hacia la Verdad, el Ser Absoluto y la Salvación, de una única doctrina con corpus valedero conceptual que descarta toda heterodoxia. Asimismo, subyace otra noción: la del joven estudiante como un puro oído, como seguidor de conspiradores minoritarios de extramuros, solventados para copar las instituciones y el gobierno.

Los auspiciadores del socorrido tema del desorden no se preguntan por la necesidad de extirpar excesos ni trastornos estructurales. Reiteradamente, la Reforma aparece como el fruto de una muchachada bulliciosa y desligada del devenir cultural y de las convulsiones sociales que se han sucedido en nuestras tierras. Quienes rechazan la injerencia política en la universidad, a menudo se están oponiendo a la política democrática en aras del autoritarismo o el predominio oligárquico. Si la Reforma hubiera sido motivada por la algarabía estudiantil, aquélla habría desaparecido hace largo tiempo atrás, mientras que, ochenta años después, con la vuelta al régimen constitucional, la misma parece gozar de bastante buena salud.

En cuanto al tabú de la representación estudiantil, abundan los ejemplos que desmienten su proclamado facilismo e ineficacia. Horacio Sanguinetti ha ilustrado con estadísticas oficiales de la Facultad de Derecho, el alto presentismo de los delegados alumnos a las sesiones del Consejo Directivo en esa entidad y la elevadísima ausencia de sus profesores, así como los cuantiosos proyectos académicos planteados por los primeros y la irrelevancia de los docentes en tal sentido, pese a hallarse éstos últimos en absoluta mayoría.

Podrá coincidirse o no con las apreciaciones encomiásticas sobre la Reforma Universitaria, pero cabe reconocer que ellas pocas veces fueron enunciadas de un modo apologético sino que han tenido un infrecuente matiz revisionista. En esa impronta de abierta autocrítica radica uno de los méritos esenciales de la mejor cosecha reformista. Lejos de erigirse en un curalotodo, quizá su mayor virtud resida en su carácter difuso, que, si bien ha sido un flanco débil para el ataque enemigo, le permitió obtener tanto consenso y vitalidad en los rincones más heterogéneos de nuestro continente y, como he procurado demostrar en otros lugares, hasta en la misma España.

Sobresale por ende, hoy como nunca, el espectro plural que, en mayor o menor medida, ha impregnado al ideario reformista desde su propia configuración. De tal manera, encontramos en él posturas románticas, espiritualistas y esteticistas que han apelado a factores como la sensibilidad, las mentalidades, la cuestión religiosa o el divorcio generacional, junto a explicaciones que, desde la dialéctica o el positivismo crítico, han privilegiado las variables materiales, económicas y sociológicas. Tenemos además quienes han preferido destacar en el credo reformista elementos míticos e

instintivos, con un primado de la acción y la emotividad, o aquellos que le asignan una impronta ligada al racionalismo y al intelectualismo. Ideológicamente, se descubren tendencias morigeradas o decididamente volcadas hacia la izquierda; inclinaciones vernaculares, americanistas y universalistas; alternancias liberales y socialistas, individualistas o colectivistas, evolutivas o rupturales. Tanto los posicionamientos más conservadores, como las actitudes fascizantes y el pensamiento ultramontano e integrista no sólo han permanecido habitualmente al margen de la Reforma sino que han sido sus principales adversarios.

Más allá de su vasto espectro filosófico, puede admitirse que las fluctuaciones circunstanciales experimentadas por el movimiento reformista lo hayan hecho oscilar entre el academicismo y el politicismo. Si bien ello ha producido un cúmulo de dificultades, también le ha permitido, por una parte, estimular un *aggiornamento* curricular comparativamente insuperado; por otra, hacerse eco de distintos requerimientos comunitarios ante la acefalía o la insensibilidad de los poderes públicos.

III. PERMANENCIA

No obstante el tiempo transcurrido, o, mejor, dado la frustrante experiencia recogida durante los últimos veinte años, hoy costaría mucho refrendar expresiones tan categóricas como las que vertieron autoridades de la talla de Darcy Ribeiro cuando llegaron a decretar el envejecimiento y la cadu-

cidad del movimiento reformista. En mucho menor medida corresponde sostener los ideologismos cuasi delirantes que veían, por ejemplo, al desarrollo científico y hasta la misma objetividad en tanto mera plataforma partidaria de la pequeña burguesía profesoral y estudiantil. Si bien la universidad no puede desligarse del ordenamiento social existente, también es cierto que no siempre cabe establecer una consustanciación total entre ambos dominios y que aquélla está en condiciones de reclamar un espacio propio, relativamente independiente de creación cultural, que ha albergado a la más crítica intelectualidad.

El legado de la Reforma viene a nutrir hoy uno de los pocos ideales de vida más generosos y sustentables, por su aproximación al libre examen junto a su proclividad para ensamblar las diferentes corrientes internas y su asumido reconocimiento de la alteridad. Al mismo tiempo, su concepción de la universidad cabe ser estimada como el aporte más original que ha salido de América Latina en ese rubro decisivo.

Conforme a la señalada tónica correctiva implícita en el mismo espíritu reformista, muchas de sus banderas deben ser reexaminadas para evitar el simplismo y los esquematismos. Uno de sus principios más entrañables, el de la autonomía universitaria, se ha enarbolado para proteger a la comunidad académica de intromisiones burocráticas y de la represión estatal. Pese a la conveniencia de preservar dicho objetivo en cuanto a un funcionamiento democrático, desde la normalización institucional se ha ido reorientando la marcha universitaria en asuntos tradicionalmente disputados, como el establecimiento de evaluaciones exógenas para medir la calidad de la enseñanza, las rendiciones presupuestarias que aseguren su transparencia, o la realización de convenios con empre-

sas locales y extranjeras que sólo suelen beneficiar a las universidades privadas.

Por cierto, no debe confundirse autonomía con prescindencia para expedirse sobre los asuntos públicos y hasta para cuestionar al propio sistema que se halla constreñido a mantener los centros de estudios superiores. Dicha confusión ha servido para que los grupos más privilegiados hayan admitido y fomentado los pronunciamientos, presiones y embates golpistas, pretendiendo silenciar a la universidad y reducirla a tareas bizantinas. Entre tantas infortunadas exhortaciones, como aquélla de no sacar los pies del plato, se ha alentado el inmovilismo obrero, estudiantil o sacerdotal, hasta intimidar a quienes han propiciado un mayor talante combativo para ceñirlos en definitiva a sus presuntas faenas exclusivas: trabajar, aprender y rezar.

Históricamente, la universidad ha cumplido un doble papel. Por un lado, como racionalizadora de la realidad; por otro, tomando distancia y planteando instancias alternativas. La tradición reformista se ha inscripto preferentemente en esta última dirección. Pese a todas sus ambigüedades y distorsionamientos, se trata de una modalidad que puede resumirse como encaminada hacia la competencia técnica y hacia una ética de la solidaridad renuente a los mecanismos opresivos.

Las proyecciones especulativas y pragmáticas que ha evidenciado el movimiento reformista escapan al ámbito puramente académico para darle un definido alcance cultural y socio-político. Si repasamos sus planteamientos temporales nos hallamos, por ejemplo, con postulaciones como la participación de los asalariados en las utilidades, la cogestión fabril, la adecuación del código civil a los derechos humanos, la redistribución de la riqueza y otros propuestas similares que al menos permi-

tan atenuar las grandes desigualdades sociales.

Dos referencias de distintas épocas nos traen a colación el modelo y el antimodelo propugnado por las vertientes reformistas:

El intelectual puro es el político cínico, el abogado trapalón, el médico mercantilizado, el ingeniero de las medidas falsas, el farmacéutico curandero y el filósofo ad usum Delphini (Alcides Greca)

No queremos una Universidad que acentúe las diferencias entre una élite intelectualizada que sueña con Nueva York o París, y una masa desvalida, sin sueños ni esperanzas [...] No queremos una universidad que engendre sabios socialmente castrados, ni tecnólogos asépticos para quienes el obrero es sólo otra pieza, aunque menos dúctil y más falible, de su planta industrial (Rolando García)

Otros conceptos de similar tenor pueden detectarse en los tantos millares de páginas escritas por el pensamiento reformista en nuestra América y cuya mayor parte han sido plasmadas con estudiantil ahínco. Un pensamiento soslayado entre nosotros hasta por los expositores de la historia intelectual que no están enfrentados con dicho ideario. Así, por ejemplo, Nicolás Casullo presenta como una absoluta innovación del hemisferio norte la relevancia asignada a las ideas de generación y de cultura juvenil en los años sesenta, cuando tales ideas habían sido enunciadas y articuladas en visperas de nuestro movimiento reformista organizado ya casi un siglo atrás.

Según se ha sugerido, la Reforma, tal como es apodada de consuno, tiende a proponer grandes cambios generales sin recurrir a una metodología cruenta. En esa interpretación, la mayoría de los egresados de las universidades nacionales asumen la causa reformista y suelen adherir a distintos partidos populares sin fuertes componentes reaccionarios.

¿No podrá asimilarse la riqueza que posee esa comentada herencia reformista en los variados intentos de crear frentes multisectoriales para revertir la implantación del neoliberalismo, con toda su perversa concentración económica y su exclusión social?. ¿No está aquí también en juego el porvenir de la educación pública y de una universidad que no debe resignarse a jugar como tecnócrata eficiente pero insensible a los despojos y privaciones generadas por los efectos perniciosos de la globalización?

LA INTEGRACIÓN LATINOAMERICANA

El sentido básico de la integración

El nuevo fenómeno de la integración regional o subregional en América Latina puede ser concebido desde dos ópticas o intereses disímiles.

Un enfoque vigente hace hincapié en el carácter hegemónico de la integración, como forma de mantener la dominación y aumentar las desigualdades. Se trata de una modernización conservadora que, mientras reproduce pautas diseñadas en países capitalistas centrales, adopta un discurso redentorista, pseudocientífico, tecnocrático, neoliberal. Allí aparece postulado el inalcanzable mundo feliz, sin grandes privaciones y con tiempo libre para todos aquellos que respondan a la hueca consigna de subirse al tren de la civilización, el progreso y la prosperidad. Un supuesto básico que impera en estos planteos sostiene la disolución de las identidades nacionales en un mundo globalizado por el accionar de las grandes corporaciones y por los impactos tecnológicos sobre la producción, que acarrearán el crepúsculo fáctico de las ideologías y las utopías, más allá de cualquier intención voluntarista por apartarse del modelo, lo cual termina por ser calificado como un designio autoritario y desestabilizador. Surge así el realismo periférico, la política oficial de las relaciones carnales, con sus estrategias para integrarse al sistema internacional en una forma tan indiscriminada como la que se llega a aplicar con las privatizaciones y desregulaciones al interior de cada país. En suma, se retoman planteos perversos, los

del *homo homini lupus* que, mientras originan una extraordinaria concentración de riqueza y poderío, por otro, implican un achatamiento integral: en las aspiraciones nacionales, en la ocupación y los salarios, en la educación, la salud, la cultura, la industria y el medio ambiente.

El otro modo de integración, asumiendo un cariz multidimensional, se propone contribuir al desarrollo social y nacional. Frente a la modernización excluyente, se insinúa aquí una actitud crítica y democrática. No se niega aquí la importancia que posee el fenómeno de la globalización, remontable por otra parte, según ha evidenciado Aldo Ferrer, a los inicios del capitalismo con la expansión colonial europea y la gran transformación que se produce a fines del siglo XIX en el escenario mundial con la introducción del ferrocarril, las telecomunicaciones o la navegación a vapor. Sin embargo, se enfatiza en esta perspectiva el hecho de que los países que han podido avanzar en medio de la globalización son aquellos que se han vinculado con los demás sin renunciar a su propia identidad cultural, a sus recursos naturales y a su mercado interior. Si bien tampoco se desconoce la incidencia de las corporaciones transnacionales, no se sobreestima el monto de sus inversiones, cuya proporción resulta muy inferior a la que proviene del mercado interno. A su vez, se desmiente que el mero desarrollo económico implique de por sí una merma en la pobreza y la marginalidad, poniéndose como ejemplo lo que ocurrió con Brasil y México entre 1945 y 1980, cuyas tasas de crecimiento fueron de las más altas del mundo sin reducir por ello dichos problemas comunitarios.

La universidad, como utopía viable, cumple en ese último contexto una función orientadora primordial para evitar la dependencia excesiva en el

orden cultural, tecno-científico, etc. Obviamente, no se piensa en esa clase de universidades-enseñaderos, verdaderos cementerios de conciencia al servicio de los grupos más privilegiados, del individualismo y la libre empresa, sino en aquellas casas de estudio no domesticadas que, pese a contar en la actualidad con menores recursos, continúan siendo los carriles fundamentales en la generación de conocimientos, en la formación de profesionales y en la consabida extensión comunitaria.

En síntesis, las políticas auténticas de integración deben suponer no sólo la unificación de los mercados sino también el ensamblaje cultural y socio-político, con democracia participativa, derechos humanos y justicia social. En tal sentido, juegan un papel decisivo los partidos populares, los pequeños y medianos productores, las ONGS y los movimientos cívicos, con un liderazgo especial a cargo de la universidad y las agrupaciones estudiantiles, en estrecha conjunción frente al implante del neoconservadorismo.

Precedentes

A diferencia de lo ocurrido con fenómenos como los de la Comunidad Europea o el Nafta, la idea latente de una gran nación americana exhibe una tradición teórica y activa que, desde los tiempos de la Independencia, ha sido sostenida por diversos expositores y corrientes cuya divulgación ha dado lugar a un vastísimo corpus literario y político junto a una exégesis no menos frondosa.

Según traen a colación Roubik y Schmidt, la

misma gesta emancipadora fue visualizada como un gran esfuerzo continental, como una revolución americana:

Bastaba haber nacido en América para poder actuar en cualquier parte del continente como oriundo de Ella. Los ejemplos son innumerables. Hubo oficiales argentinos al mando del ejército chileno y centenares de voluntarios chilenos [...] pelearon por la libertad del Plata como la del propio país. Parecida solidaridad se manifestó en las luchas que tuvieron como escenario la Nueva Granada y Venezuela, alternativamente. Luchando por la emancipación del continente se trabajaba por la de la patria pequeña

Pese a las presiones externas y locales que terminaron por imponer la división territorial, comienza a insinuarse por aquella época la idea de una patria y de una ciudadanía comunes, la concepción de América Latina como un mismo país diferenciado de España, el credo sobre la unión moral de nuestras repúblicas y sobre una Federación de Estados Hispanoamericanos.

Con la generación de 1900, se reanudan los planteamientos indoamericanistas y se buscan modelos culturales que surjan del propio medio circundante, tomándose a la concreto como punto de partida de lo universal. En ese aspecto, si bien hubo casos paradigmáticos como el Ateneo de la Juventud en México, los planteos no sólo exhibieron una faceta intelectual sino que también adoptaron ribetes institucionales específicos, por ejemplo, a través de gestiones presidenciales como las de Hipólito Yrigoyen, inclinado hacia una política exterior de neutralidad y autodeterminación, de confianza en nuestro común destino latinoameri-

cano.

Esa línea de pensamiento será vigorizada por los reformistas cordobeses de 1918. Deodoro Roca cuestiona los extravíos evidenciados durante la Colonia y el siglo XIX —cuando se transitaba por la tierra de América sin vivir en ella—, mientras destaca la actitud de las nuevas generaciones que, sin cerrarse a la cultura mundial, se preocupan por los propios problemas y sienten como el mayor imperativo la urdimbre del hombre americano. Aquellos líderes juveniles creyeron que se estaba asistiendo en América a un ciclo civilizatorio distinto, de amplia democracia y con un cambio total en los valores humanos. Saúl Taborda y otros autores aludieron a la decadencia de Europa —sumida en el exhausto belicismo de los Estados nacionales— y a la aparición de una nueva estructura, la americana. Se propiciaba el nacionalismo continental para acabar con un estatuto factoril y para producir una revolución ecuménica. Con la unificación de Indoamérica el imperialismo debía sufrir un fuerte desequilibrio al no tener pueblos para sojuzgar, con lo cual se preparaba el fin del sistema capitalista.

El movimiento estudiantil ha tenido una enorme importancia en el desarrollo de la conciencia continental y universal, por haberse adelantado frecuentemente a las grandes cuestiones que mucho más tarde se debatirán en la misma Organización de las Naciones Unidas.

Un descuidado pero importantísimo antecedente para la causa de la unidad y la solidaridad latinoamericanas lo brindan las reuniones internacionales de estudiantes como aquéllas que tuvieron lugar en el hemisferio sur antes de la guerra del '14 y bajo el empinado credo de la juventud como un factor determinativo para el cambio histórico. Dichos eventos refutarían con creces algunas opinio-

nes formuladas por autoridades en la materia como Gabriel del Mazo sobre que “los estudiantes de América latina no habían realizado ninguna actividad coordinada y seria” con antelación a la mencionada contienda europea.

En el primero de esos encuentros, realizado en Montevideo hacia 1908, se proclamó que había llegado la hora de la emancipación, del resurgimiento político y cultural, bajo el ideal común de la unión americana. Para lograr esa ansiada finalidad se sostuvo que debía recurrirse a la ciencia universal, pero partiendo de las necesidades de nuestros pueblos y desconfiando de los sectores consuetudinarios del poder (estado, iglesia, ejército).

Dos años más tarde, en la ciudad de Buenos Aires, se vuelven a dar cita los alumnos de las universidades americanas. Además de los asuntos académicos tratados, se denunció allí el mercantilismo, se exigió el sufragio universal y se aseveró que la juventud debía provocar una significativa reacción moral en el Nuevo Mundo. Asimismo, se exaltó el valor de la ayuda mutua frente al principio de la lucha por la existencia y el triunfo del más fuerte: si el siglo XIX ha simbolizado el siglo de la libertad, el XX habrá de representar el siglo de la asociación y de la universidad, en definitiva, del pensamiento y la ciencia. Un motivo recurrente fue el de la acción de los estudiantes junto con los obreros y los indígenas.

El último de los congresos internacionales celebrados en el Cono Sur, anteriores al ciclo iniciado en Córdoba por la Reforma Universitaria, se llevó a cabo en Lima hacia 1912. Recrudescieron entonces las objeciones a los gobiernos latinoamericanos, no sólo por descuidar la modernización de la enseñanza y la cultura sino también por su obsesión en combatir a los oprimidos. De allí que se haya redefinido el concepto de los jóvenes, como los

que protestan contra la injusticia y, más precisamente, “los que sufren con el dolor anónimo de todos los desgraciados de la tierra”. Una impronta general de los congresos aludidos acentuó el papel de América como la tierra de los grandes sueños y heroicidades, como síntesis suprema y universal. Una profesión de americanismo que, en el Perú, se reflejó, *v. gr.*, con las siguientes palabras:

El continente es el vínculo natural: es la solidaridad humana adaptándose a las grandes coordinaciones del planeta. Vosotros sois mejicanos o brasileros, peruanos o argentinos, por un accidente de la historia; pero sois americanos por la naturaleza. Y esa patria natural es inalterable, se levanta sobre el cielo como las pasiones, no la pueden suprimir ni desmembrar las menguadas ambiciones humanas.

En las tres reuniones comentadas prevaleció una tónica que no establecía mayores demarcaciones entre los distintos países y regímenes del continente americano. Un giro muy significativo se verifica en cambio a propósito de otro precoz encuentro internacional, de mucho menor difusión: el Congreso de Estudiantes de la Gran Colombia, celebrado en Bogotá hacia 1910. Contando con la participación del alumnado de Ecuador, Venezuela y la nación anfitriona, se emite allí un documento de grueso calibre antiimperialista. Además de afirmarse que la alianza de esas tres repúblicas se extenderá a los otros puntos de Sudamérica, se niega la existencia de una solidaridad indispensable entre americanos del norte, del centro y del sur. En tal sentido, la denuncia principal está dirigida contra el monroísmo acomodaticio, mientras se opone “la noble defensa de los cóndores andinos” y la raza latina a la agresión de las águilas septentrionales.

Semejante fervor llevó a los mismos integrantes de dicho cónclave estudiantil a presentarse como el primer núcleo de resistencia organizada y consciente frente a la política expansionista.

Cuántas lecciones podemos extraer de esta épica estudiantil que llegaría a uno de sus máximas expresiones cuando, en el México de 1921, con una alta representatividad, la juventud universitaria anuncia que luchará contra el nacionalismo y el militarismo, por una nueva humanidad, por asociaciones federativas regionales y por la integración de los pueblos en una comunidad universal —ideario que procuró plasmarse en una Federación Internacional y extenderse por los Estados Unidos y varios países europeos. Unos tres años después, Haya de la Torre, al hacerle entrega a los universitarios mexicanos la “Bandera de la nueva generación hispanoamericana”, se sentía en condiciones de aducir:

El afán de unidad de los pueblos de nuestra raza fue en Bolívar ensueño precursor, más tarde, tema de discursos diplomáticos y ahora fe, credo, señuelo de nuestra generación. Con orgullo podemos afirmar, que nada ha sido más eficaz al propósito generoso de fundir en uno sólo a los veintidós pueblos indoamericanos [...] que la obra de las juventudes

Simultáneamente, vendría esa formidable prédica levantada por la Unión Latinoamericana que impulsó José Ingenieros, quien anunciaba que la revolución universitaria —en tanto reorientación científica de los estudios, cogobierno y demandas populares— se proyectaba más allá de los “histriones del patriotismo” por toda la América Latina y que la juventud que no se encuadraba con la iz-

quierdas constituía una mera vejez sin canas. Dicha entidad, avalada por miles de estudiantes, reivindica una Reforma Universitaria integral, repudia el panamericanismo y la penetración capitalista, para propiciar una unificación jurídica, política, económica e intelectual que permitiera salvaguardar la soberanía y la libertad de nuestro continente austral.

Al cumplirse el centenario del congreso bolivariano, la Federación de Estudiantes de Panamá auspicia un encuentro multinacional que, pese a haberse impedido su realización, lanza un manifiesto con relevantes motivaciones para los jóvenes de esta “madre América”, en tanto depositarios “del anhelo de fraternidad que palpita vitalmente en el pecho de los pueblos indoespañoles” y como los únicos capaces de “darle relieve propio a la ideología de Hispano América, de señalar sus aspiraciones lejos del tutelaje mental y espiritual de intereses extraños”. Así se pensó que el evento podría constituir un avance decidido por “la senda que conduce hacia la América una y libérrima, hacia esa América maravillosa que abrazará del Río Grande a Tierra del Fuego”. Además de caracterizarse al hispanoamericanismo como un ideal de justicia comunitario, se trazó el siguiente objetivo:

Hay que encaminar nuestros mejores esfuerzos hacia la construcción de la universidad del porvenir, centro y motor, alfa y omega de todas las actividades sociales, expresión de la ideología que está en gestación en el seno de la América Hispánica

Ya en la década del treinta, tiene lugar en Montevideo, un Congreso Universitario Americano (1931), que constituye el primer encuentro de estudiantes con profesores y, entre otros asuntos, se repudian en sus sesiones los gobiernos de fuerza que comenzaban a pulular en el continente, violando la autonomía académica con el rumor de escuelas en el aula. En el congreso internacional de Costa Rica (1933), con la renovada presencia de la España republicana, el estudiantado se adelanta a propiciar la aspiración, aún incumplimentada, de la ciudadanía iberoamericana —unos 60 años antes de la creación de la Comunidad Iberoamericana de Naciones, cuyos logros reales todavía son objeto de dudosa expectativa. México vuelve a ser sede de grandes asambleas supranacionales: el Primer Congreso Iberoamericano de Estudiantes (1931), donde se promueve la ciudadanía universitaria para todos los claustros, un acuerdo para que los alumnos expulsados de su país por razones políticas pudieran continuar sus estudios en otras naciones junto a la creación de la Casa del Estudiante Iberoamericano; el Primer Congreso de Estudiantes Antiimperialistas de la América (1936), que postula la formación de un Frente Popular, la Gran Central única de Trabajadores y una Agencia Interamericana de Información.

Por dos veces consecutivas, en 1937 y en 1943, se llevan a cabo en Chile sendos congresos estudiantiles, uno latinoamericano y otro de alcance continental. En el primero de ellos se resuelve conmemorar el 23 de mayo como el día del estudiante antiimperialista. El Tercer Congreso Latinoamericano, fomentado por la Federación de los Estudiantes del Perú, no pudo celebrarse —como se había previsto— en la ciudad de Lima para abril de 1948, por expresa prohibición oficial. En 1952 se intentó realizarlo en Río de Janeiro sin ningún

suceso. Tras tantas interrupciones, el mismo se concretó en Montevideo hacia 1955, siendo sus principales animadores la Federación Universitaria de Uruguay junto con la corporación argentina y paraguaya. Asistieron también delegaciones de Brasil, Bolivia, Costa Rica, Cuba, Chile, Ecuador, Guatemala, Honduras, Panamá y México. Más allá de pomposas diplomacias, se aseveró que se estaba atravesando “la gran época de la cooperación internacional”, de unión entre los pueblos subdesarrollados sin excluir a los países asiáticos y africanos, con los cuales se proyectó efectuar un congreso donde participarían sus propias organizaciones estudiantiles. Debía también reaccionarse contra ese palabrerío que habla de América como tierra de promisión mientras se expolia bestialmente a la gente, censurándose la represión en esas latitudes y la entrega de las riquezas a los consorcios transnacionales. Severas condenas estuvieron dirigidas a Guatemala, por frenar la Reforma Agraria y expulsar a la Unión de Universidades Latinoamericanas que había sido fundada en esa nación centroamericana. Otros gobiernos abiertamente hostiles a la organización estudiantil, como el peronismo y el franquismo, recibieron duras impugnaciones. Para esa misma fecha, se aseveraba que el movimiento de la nueva generación por la unidad de América se propagaba por todo el continente.

Los años cincuenta finalizarían con los congresos estudiantiles latinoamericanos que se emprendieron en La Plata (1957) y en Caracas (1959). En este último encuentro no dejó de insistirse en la necesidad de una efectiva integración socio-política-económica de nuestra América —como paso previo a lo que debe acontecer con todos los pueblos del mundo— y recrudecieron las objeciones a Estados Unidos por sostener sistemas militares y

feudales que resultan verdaderos obstáculos para viabilizar dicha integración. Hacia 1972, una encuesta que se efectuó en la Argentina convalidaría tales admoniciones juveniles, pues, a diferencia de las respuestas favorables hacia la integración latinoamericana que partieron entonces del estudiantado y los trabajadores, el sector castrense se manifestó en un 86% en contra de ella, aunque los partidos políticos apenas si salieron mejor parados pues también se mostraron renuentes en una proporción del 66%.

Por otra parte, no cuesta advertir el antagonismo y la prolongada incompatibilidad axiológica entre el militarismo y el movimiento estudiantil que, desde sus inicios ha desarrollado una fuerte campaña contra el espíritu guerrero y chovinista. La nueva generación reformista se enfrentó aquí con toda una plataforma patriótica a la cual le opuso la consigna de vivir y no de morir gloriosamente, de evitar el derramamiento de sangre juvenil salvo en defensa de legítimos ideales como el combatir dictaduras, hasta inclinarse por una alternativa que prefiriera un siglo de revolución a cuatro días de tiranía. Con esas premisas insurreccionales, podrá comprenderse en buena medida la trágica historia de nuestras naciones, teñida por la persecución, la cárcel, el exilio y el mismo exterminio físico que ha sufrido el estudiantado latinoamericano.

Además de la preservación del demos y el autonomismo universitarios, esa cruzada juvenil bregó por la Segunda Independencia, por la emancipación intelectual, social y nacional, responsabilizando primordialmente al imperialismo y a la cultura utilitaria de Occidente por el atraso de nuestros pueblos. En complicidad con los bárbaros del Norte, los sectores gobernantes aparecen en la mira como sus aliados incondicionales: las oligarquías

criollas, los grandes terratenientes y comerciantes, el clero y las fuerzas armadas, los políticos engañosos que frenan la concientización de las masas.

Como respuesta a la xenofobia y al provincianismo se fue articulando una plataforma operativa cuyas principales banderas implicaron diversos elementos aglutinantes a partir del ideal americanista, con el cual se apuntaba a fusionar nuestros estados en un conglomerado de naciones ante los peligros comunes que amenazaban la integridad territorial. Junto con las diferentes aproximaciones a los indígenas, obreros y campesinos, se estrecharon los contactos con las juventudes del mundo y muy especialmente la unión entre el estudiantado latinoamericano, tanto para favorecer el intercambio académico e intelectual como para estimular la protección mutua. Los espurios conflictos fronterizos entre Argentina, Brasil, Chile, Perú, Bolivia, Paraguay y los países que conforman otras regiones de nuestro continente no impidieron cultivar esa fraternidad; además fueron valientemente repelidos y desmenascarados por los mismos estudiantes en cuestión, quienes no sólo propusieron soluciones para sortear dichos enfrentamientos sino que también llegaron a establecer toda clase de acuerdos y convenios en favor de dicho afán integrador. Frente al separatismo invocado por los intereses armamentistas, el alumnado chileno de Derecho sintetizó una posición ilustrativa:

la juventud americana es hija de una sola patria, que se extiende desde Méjico hasta el cabo de Hornos, y desde el Atlántico hasta el Pacífico [...] es su más vehemente anhelo ver abolidas las funestas barreras económicas que separan a las distin-

tas naciones hermanas de la América Latina con grave perjuicio para el progreso y el bienestar colectivo, y en exclusivo provecho de 'unos cuantos explotadores'

En medio de esa empresa, el movimiento estudiantil, reconoció como grandes paladines a Ingenieros, Vasconcelos, Unamuno, Haya de la Torre, Varona o Palacios, quien, reflejando una convicción generalizada, enfatizó que los cimientos para una confederación iberoamericana debían ser colocados por la juventud “libre de compromisos con el pasado y de mezquinas rivalidades”. El aprista peruano Antenor Orrego, autor de un libro fundamental sobre nuestra América como pueblo-continente, referendaría esas expresiones cuando señalaba que la universidad latinoamericana era eminentemente una escuela de civilidad y su estudiantado poseía una extraordinaria vocación de entrega a las causas humanitarias y colectivas que lo convertían en “forjador y plasmador espiritual de su propio maestro”. El propio Palacios ayudaría a imprimirle un enérgico envión a ese proyecto americanista, desde una universidad como la de La Plata, que se erigió en un baluarte reformista y en un hogar donde convivieron numerosas camadas de estudiantes oriundos de los rincones más diversos de nuestro continente.

Al fin de cuentas, nos topamos con dos enfoques difícilmente conciliables del saber y la universidad. Una visión tradicional subraya el papel del educador en detrimento del alumno, tal como fue encarnada crudamente por el costarricense Luis Barahona Jiménez: “Pensar es el oficio del profesor”, quien constituye el “alma de la universidad”, mientras que los estudiantes van a la universidad para obtener “un instrumento que les permita me-

jorar su condición económica y social sin que les preocupen poco ni mucho los fines elevados de la misma”.

Frente a ello, el abordaje de la Reforma tiende a encuadrar a la universidad como una república de estudiantes, tanto en su sentido más restringido, centrandó el proceso educativo en el alumno, como en una acepción más amplia que abarca a la comunidad electiva de maestros y discípulos regida por una mayoría efectiva y basada en la índole soberana de sus claustros. Una universidad que, además de conllevar el doble sello del universalismo y la particularidad, del diálogo de las culturas, de la unidad en la diversidad y la diversidad en la unidad, contiene un germen solidarista continental. Si la universidad —como la define Florentino Sanguinetti— es una casa vacía y si la ciencia equivale a un organismo ciego, se trata de no instrumentar el conocimiento para minoritarios pero poderosos intereses, de dejar de creer que las universidades latinoamericanas pueden hacer gala de apoliticismo y flotar como islas en un mar de injusticias.

Si la justa independentista y si el accionar sistemático del estudiantado cien años después aportaron intensos vientos a favor de una integración equitativa de la sociedad iberoamericana, ¿podrá materializarse para el bicentenario ese dorado sueño continental, en un mundo que, pese a perfilar grandes espacios y colectividades supranacionales, sostiene a rajatabla las identidades culturales? Un criterio menos dubitativo nos llevaría a concluir que seguirá siendo una ardua tarea histórica la plasmación de Amerindia, esto es, de una comunidad latinoamericana y caribeña en relativo pie de igualdad.

Enfrentando el futuro

Aunque no se trate de un caso de profunda declinación, por distintas razones parece hallarse más acotado el primitivo activismo estudiantil. Simultáneamente, cabe replantear algunas insignias reformistas, como la participación de los graduados o la marginación de los no docentes, la relación con el ámbito empresarial, la consigna anticlerical. Sin embargo no ha disminuido en cambio para nada la trascendencia de la institución universitaria —tanto en su dinámica interna cuanto en sus vínculos con el medio circundante. Por lo contrario, aquello que tradicionalmente fue calificado como enseñanza superior, el nivel terciario, resulta hoy hartamente insuficiente ante las nuevas exigencias académicas y del propio mundo exterior. Tales demandas no sólo reclaman los estudios cuaternarios y la capacitación posdoctoral sino también, en definitiva, hasta la misma educación permanente.

Un programa como el de la integración continental, que suscitó tantos desvelos y sacrificios generacionales, no puede quedar así meramente librado al hombre de negocios y a un empresariado escasamente innovador y competitivo como existe en la mayoría de nuestros países latinoamericanos. El llamado Mercosur tendrá que adoptar en definitiva un perfil más humanista y acorde con los avances científicos; hacer que se materialice el mentado Mercosur del Conocimiento si, por ejemplo, interesa realmente no permanecer excluido del Club de la Globalización.

Una de las tareas esenciales del Mercosur debe consistir pues en tomar como referente clave a la universidad, más allá del imperativo que exige

reducir el serio déficit que dicha corporación tra-sunta entre nosotros en cuestiones tan determinantes como la preparación de técnicos y profesionales. Deficiencia que, junto a las restricciones presupuestarias, cabe ser adjudicada, principalmente, al desaliento que sufre la evolución científica y económica endógenas ante las políticas de transnacionalización —hoy encubiertas bajo el eufemismo de la globalización.

Tampoco cabe subestimar la crisis que también afecta a la universidad, en cuanto a las limitaciones para ejercer el primado mundial de la investigación, en el destiempo que se establece entre su propia dinámica y los cambios políticos y económicos dentro de cada región, o en su capacidad para atender las demandas sociales que se depositan en ella y la transferencia de sus resultados al sector productivo.

Con todo, la reivindicación de la universidad pública, el fortalecimiento del cogobierno y la gratuidad de la enseñanza, implican requisitos básicos para aproximarse a uno de los máximos objetivos pedagógicos y políticos de la fecunda herencia reformista: el contenido social, la universidad universalizable. De tal manera, se apunta a un tipo de institución que, según apuntara Gregorio Bermann en su *Juventud de América*, no pretenda colocarse por encima de la contienda; una concepción que dicho movimiento estudiantil se rehusó a seguir por tratarse de una “falsa ruta que encubría la fuga, la ignorancia, ingenuidad y ceguera de los problemas fundamentales”.

Bajo esa misma orientación la universidad emerge como una casa de la esperanza, para sociedades débiles como las nuestras, con mayor responsabilidad que en otros países porque, además de abocarse a la enseñanza y la investigación, debe poseer una dimensión utópica, denunciando los desbordes del poder y los ajustes salva-

jes, fomentando el ideario integracionista pero para satisfacer a los sectores y las zonas más carenciadas. Una universidad que, como se deriva de aquella noble tradición reformista, no sólo sirva para formar profesionales y expertos sino que sea un auténtico agente democratizador que asuma la dirección ética e intelectual de nuestras naciones.

En consecuencia, cabe formular una propuesta específica: que se reconozca como aporte clave y oriundo para un eventual calendario del Mercosur Cultural el legado de la Reforma Universitaria y que se incorpore oficialmente el día 15 de junio como una de las fechas más connotadas.

LA UNIVERSIDAD HOY

Se valora el sistema universitario actual en función de las distintas premisas que ha sustentado nuestra innovadora tradición reformista latinoamericana, cuyo incipiente origen puede remontarse al suelo oriental, durante el Primer Congreso de Estudiantes Americanos efectuado en Montevideo hacia 1908. Habrá de tomarse en cuenta dos direcciones fundamentales implícitas en la plataforma reformista: una dimensión endógena y otra de extramuros. Finalmente, se formula un balance de la cuestión, donde, frente a los sepultureros de la Reforma Universitaria, se sostiene su gravitación histórica, su actualidad y su trascendencia.

Puertas adentro: la faceta institucional

El movimiento reformista ha planteado distintas demandas en cuanto al perfil que le corresponde asumir a la universidad para insertarse mejor en una sociedad democrática y cumplir cabalmente con los propios requisitos de excelencia académica.

En primer término, se destaca la importancia de la *autonomía* política, docente y administrativa que deben gozar las casas de estudio en su evolución interna. Se enfatiza con ello la libertad para seleccionar el personal y los alumnos, los temas de investigación, los planes y programas, los criterios para la graduación, la asignación de fondos y recursos, etc. El requisito de autonomía implica

esencialmente una protección a la comunidad académica frente a las intromisiones del Estado y sus organismos burocráticos o represivos, pero supone asimismo cierto grado de independencia ante las presiones ejercidas por la sociedad civil y los grupos de poder.

Con todo, dicha autonomía no constituye un valor absoluto como a veces se la ha presentado, pues ella adquiere su legitimación mientras la universidad contribuya a promover el conocimiento y se brinde satisfactoriamente a la comunidad. Si bien esa capacidad decisoria debe preservarse en sí misma para garantizar la labor de los claustros —tantas veces vulnerada por sucesivas dictaduras—, la universidad no puede erigirse en un feudo inexpugnable durante etapas de normalización institucional, donde intervienen otros desafíos que resultaban tradicionalmente prohibitivos: las evaluaciones y acreditaciones exógenas para optimizar la enseñanza, las rendiciones presupuestarias en aras de una mayor transparencia, la adecuación de los estudios al desarrollo regional o los acuerdos con el ámbito empresarial. En suma, se trata de dar cuenta de la utilidad pública del sistema universitario sin someterse a la lógica del mercado, que beneficia a los pudientes en la distribución del conocimiento, rechaza principios claves como el de la *gratuidad de la enseñanza* y tiende a convertir a las universidades en emporios autofinanciables —forzados a recabar ingresos de la iniciativa privada y someterse a sus dictámenes, hasta vender servicios de poco impacto como los análisis de orina...

La interacción universidad-sector productivo choca por otra parte con dos equívocos perceptuales: mientras que para los empresarios el académico vive como ajeno a la realidad, éste siente el menosprecio de los primeros hacia la actividad

científica, salvo en universidades como las de San Pablo, que ha suscrito convenios ventajosos con un alto número de empresas. Por cierto, se está pensando en un empresariado que, a diferencia de lo que ocurre con frecuencia en América Latina, sea genuinamente competitivo, evite la especulación y cumpla con sus obligaciones impositivas. Al mismo tiempo, se apunta a una universidad que no se mueva en función del *marketing* ni acepte espurios condicionamientos por las asesorías prestadas. Por lo demás, si bien es innegable la importancia que ha ido cobrando la denominada cultura de la evaluación —institucional y docente—, debe alertarse contra la implementación acrítica de parámetros tomados de países con otro desenvolvimiento educativo y con la adopción de pautas normativas que no son consensuadas por la comunidad académica.

Otro gran emblema de la reforma universitaria, centrada en el *co-gobierno*, tiende primordialmente a asegurar la participación activa de los estudiantes en la enseñanza y su específica representación —con voz y voto— en los consejos académicos. Un postulado que ha sido desconocido durante los períodos de facto y ha intentado mermarse en nuestros días bajo el predominio neoliberal, donde el Estado se desliga de su responsabilidad de sostener la educación o lo hace perversamente aumentando la deuda externa, donde el saber científico se subordina al pragmatismo extraacadémico, los docentes se devanan por asegurarse un trabajo incentivado y la universidad carece de respuestas alternativas frente a los designios oficiales. Dentro del clásico esquema del gobierno tripartito —profesores, alumnos y graduados— ha ido perdiendo terreno, por distintas razones, el peso del egresado y ha crecido en cambio un nucleamiento colectivo que reclama, no siempre con igual fortuna, su incorpo-

ración al elenco conductor de la universidad: los no docentes, el plantel administrativo.

La exigencia de desplazar el eje pedagógico del enseñante al *educando*, que parecía una conquista inapelable, se ha visto afectada tanto por la reimplementación de un discurso elitista —que le imputa por ejemplo a la UNESCO el propiciar ideas culturalmente perniciosas como la de que no existen diferencias sustanciales entre el alumno y el educador— cuanto por un ordenamiento que planifica en función del cuerpo docente y de preocupaciones corporativas, sin apuntar a lo que el sujeto que aprende debe saber sino a lo que el profesor sabe o cree saber.

Además, cabe discutir el sentido de la llamada masificación universitaria, un fenómeno con el cual parece cumplimentarse el viejo anhelo reformista del *ingreso irrestricto*, de universalizar la universidad, de transformar a ésta en una casa sin paredes. Hoy puede reconocerse que no sólo se ha multiplicado enormemente la oferta universitaria sino que existe también por primera vez una mayoría de estudiantes provenientes de familias sin formación superior. No obstante, dicha explosión universitaria, lejos de haber disminuido las desigualdades, tal como se presumía, ha venido de algún modo a agravarlas, puesto que la verdadera educación superior ha pasado a ser la de carácter cuaternario e incluso posdoctoral, *i. e.*, para un núcleo muy reducido. De tal manera, los estudios de grado apenas si constituyen un equivalente a lo que anteriormente implicaba el ciclo medio. El monto de diplomas acumulados se ha convertido en un factor socialmente discriminatorio, similar a las clases, el género, las etnias o la religión. Es así como debe replantearse el rol que juega hoy otro de los indeclinables emblemas reformistas: el libre acceso a todos los niveles de la enseñanza.

Tampoco puede soslayarse la cantidad de diplomados que trabajan en áreas ajenas a su formación ni las altas tasas de desempleo universitario que en algunos lugares alcanza al 17% de los egresados. Nos estamos refiriendo a países del ex bloque socialista o del Tercer Mundo —como Egipto, Venezuela y Colombia—, sin excluir tampoco a naciones avanzadas como Italia. Situación que ha sido fielmente ilustrada por casos como el de Marruecos, donde se ha creado una Asociación de Diplomados Desocupados compuesta por 120 secciones distintas, o mediante una expresión más localista como la que se refleja en tantos grafitos al *uso nostro*: “Matate estudiando y serás un cadáver culto”, “La educación es la única empresa predestinada al fracaso”, “Si estudiar da frutos, que estudien los árboles”, o “Qué hay que hacer en la Argentina para conseguir un arquitecto, un abogado o un ingeniero: subirse a un taxi o dirigirse a una verdulería”. Más allá de esas crueles humoradas, interesa recordar aquí, ante la grave crisis ocupacional, la fuerte carga significativa que representa para el joven su inserción sociolaboral como raíz de identidad, su dignificación personal y como fuente de reconocimiento público.

A todo ello debe sumársele un cúmulo de contradicciones singulares. En un país como la Argentina, que llegó a erigirse en vanguardia pedagógica mundial, 64 de cada 100 habitantes entre 25 y 34 años no poseen instrucción secundaria completa, mientras que en Canadá, Suecia o Alemania el número de similares carenciados sólo alcanza un 15 por ciento. De 1.000.000 de jóvenes entre 18 y 19 años que han votado allí por primera vez en las elecciones presidenciales de 1999, 630.000 se encuentran literalmente fuera del sistema educativo y 2.000.000 de personas, entre 15 y 24 años que se hacían tras el muro del Gran Buenos Aires, no

estudian ni trabajan ni son amas de casa.

La *calidad* misma de la enseñanza —tan puesta de relieve por la juventud reformista cuando vaticinaba a comienzos de nuestra centuria que el siglo XX sería el siglo del pensamiento, de la ciencia y de la universidad para acentuar el papel sobresaliente que ocuparía en esta última el laboratorio y el seminario— ha sufrido un serio deterioro ante la poda de los recursos públicos destinados por alumno a la educación en diversos lugares como Chile y Argentina, donde las dirigencias parecen ignorar el papel estratégico que desempeñan los recursos humanos, la investigación y la educación superior para el avance social, cuando inducen al drenaje de cerebros o a lo que la ONU ha calificado como la marcha de los locos. Mientras regiones golpeadas por la crisis asiática como Malasia siguen perfeccionando en el exterior a unos 20.000 graduados, la Argentina sólo envía 200 egresados por año para emprender estudios de alta jerarquía.

De las largas y cruentas luchas entabladas por nuestros estudiantes organizados en defensa de la universidad pública, prevalecen por consiguiente algunos símbolos aislados de diversa relevancia, como la libre agremiación, el semipresencialismo o una relativa renovación curricular, metodológica y profesoral. En menor grado se observa la instauración de cátedras paralelas y el apoyo a los alumnos de escasos recursos. La *libertad de cátedra*, si bien parece afianzarse en cuanto a la posibilidad de abarcar un amplio espectro ideológico, defeciona en su aspecto más fecundo: inculcar el amor a la sabiduría y promover la construcción de lo verdadero.

Trasfondo doctrinario: el extramuro

Una idea subyacente general en la trayectoria reformista se vincula con el *juvenilismo*, es decir, con la creencia de que les corresponde a los jóvenes asumirse como avanzada histórica, como redentores sociales y portadores de utopía, al reunir en sí la mayor dosis de inconformismo, desinterés, creatividad y compromiso; lo cual se traduce en un accionar renuente a la injusticia e inclinado hacia los desposeídos.

Dicho ideario se ha configurado paulatinamente a lo largo del siglo XIX, en ámbitos como la Universidad de Charcas, con estudiantes criollos procedentes de distintas regiones americanas, con su exaltación del contractualismo rusioniano y el derecho a la insurgencia. La franca intervención de esos mismos jóvenes en la gesta emancipadora indujo a que ella fuese interpretada, más como el triunfo de la conciencia estudiantil de vanguardia que como una victoria militar o caudillesca. Luego se asistirá a la prédica de la nueva generación romántica en favor de una segunda emancipación: la mental y cultural. Con la bohemia y el modernismo, contrapuestos a la burguesía y al *establishment*, la juventud aparece sacralizada como artífice del hombre nuevo y de una nacionalidad ampliada. Ya en el evento uruguayo mencionado se proclamó la rebeldía como un principio cósmico omnipresente. Toda una mística que se renueva con las primeras camadas reformistas y que en los sesenta adquiere proporciones ciclópeas hasta llegar a visualizarse entonces a ese momento, más que como un quiebre o una brecha, como la Revolución Generacional en marcha, como auténtica Ley Universal.

Surgen aquí una infinidad de interrogantes. ¿Semejante derrotero ha sido interrumpido por la actual generación posmoderna, por los jóvenes rotulados como *yuppies*, X o Y; por el primado de la retracción, el desentendimiento y la ética gladiatoria de la supervivencia; por los efectos disgregadores de la represión, las migraciones, el desempleo masivo, la proletarización de las profesiones, la crisis de la familia y la educación, la drogadependencia, la delincuencia y la prostitución? ¿Con la triplicación de la matrícula y el pulular de universidades orientadas hacia los objetivos más heterogéneos, estarán los movimientos estudiantiles desarticulados y despojados de sus grandes metas —una moneda corriente durante décadas pasadas a lo largo y ancho del planeta? ¿Sólo persistirán cuando mucho los intereses gremiales del alumnao, reducidos a un mero clientelismo con delegación de funciones? ¿Se agudizará la estricta separación entre el ciudadano, como sujeto político, y el universitario, volcado al estudio con mayor o menor dedicación, sin salidas espontaneas, proyectos utópicos ni incidencia en las prácticas hegemónicas?

¿Quedarán también afectadas las restantes propuestas reformistas, como la *exclaustración* de la universidad, su aproximación a las necesidades del medio y su asesoramiento a los intereses nacionales? ¿Se habrá agotado el margen de sensibilidad y *solidaridad social* de los universitarios y estará ya desmentida su afirmación de que el siglo XX representaría el siglo de la asociación y de la unión obrero-indígena-estudiantil? ¿Caerá por el propio peso del devenir histórico el credo de la fraternidad y la *integración* de nuestros pueblos como salvaguarda frente a las oligarquías, al capitalismo expansionista y a la explotación bestial del pueblo? ¿Nuestra América nunca más volverá a ser planteada como tierra de grandes sueños y he-

roicidades, como síntesis civilizatoria suprema con un destino común y una política exterior de neutralidad y autodeterminación? ¿Habrá cesado el ímpetu *antiautoritario* de nuestra juventud que la llevó a combatir el chovinismo, el belicismo y el militarismo; a querer vivir y no morir gloriosamente, a optar por un siglo de resistencia a cuatro días de tiranía?

¿Así como se ha puesto de moda el negar la universalidad de la razón junto a los sujetos protagónicos y al sesgo liberador en la historia, estaría también clausurada la universidad como vehículo de progreso y emancipación? ¿Con el eclipse de la universidad-mordaza (militarizada), habrá que conformarse con la otra cara de la reproducción y el cementerio de conciencias representada por la universidad-enseñadero, afín con una modernización redituable pero excluyente? ¿El paradigma pedagógico idealista, tras el repliegue de la universidad-trinchera, abocada en desfacer los entuertos mundanos, ni siquiera adoptará la forma de una universidad-orientadora, que impulse la modernización inclusiva y delegue a los gobiernos y a la población la ímproba tarea de operar como legítimos agentes transformadores? ¿La enseñanza superior quedará subsumida por la globalización sin cumplir con su excelsa misión de enlazar las identidades locales con otras más amplias del entorno multicultural? Más específicamente, ¿podrán revertirse los mecanismos verticales de decisión impuestos por los organismos crediticios, los ministerios o el Mercosur educacional?

Hacia la efectivización de la Reforma

La Reforma Universitaria fue concebida de varias modalidades disímiles: como la segunda aventura conjunta de América latina —tras los cien años de soledad que siguieron a las guerras independentistas—, como prolongación de un nuevo ciclo iniciado por las revoluciones mexicana y soviética o como un episodio concomitante a la apertura democrática de nuestras sociedades. Más allá de las correlaciones epocales que guardan esos trascendentes acontecimientos, el legado reformista mantiene una apreciable proyección. Por un lado, por su apuesta al pluralismo, a la autocrítica, al libre examen, a una universidad pública más abierta y mejor dotada. Por otro, por su inclinación a paliar las enormes diferencias sociales mediante alianzas multisectoriales que hoy, como antes de 1918, se enfrentan a un modelo conservador y a una democracia formalista.

El carácter operativo del estudiantado, si bien se ha despojado de mesiánicos resabios, tampoco ha perdido su vigor primigenio, sobrepasando incluso la imagen estática sugerida por Ernesto Sábatto del joven como un sismógrafo espiritual ante la crisis generalizada, pues crecientemente se observa a los universitarios en las primeras filas para exigir cambios por un mundo más habitable, a continuar simbolizando una correntada fertilizante; aunque ahora los mismos se hallen doblemente embargados: tanto por la defensa de sus ideales como por la ausencia de horizonte para los técnicos y profesionales. Así, ora se los ve pugnando contra gobiernos corruptos o despóticos y conatos golpistas —Collor de Melo, Fujimori, Oviedo, la Indonesia de Suharto, el fundamentalismo teocrático

iraní— ora paralizando durante muchos meses una megauniversidad como la UNAM ante el brusco arancelamiento de los estudios o encabezando una exitosa protesta multitudinaria contra los recortes presupuestarios a la educación en la Argentina —tras haberse declarado con mucha anticipación el estado de emergencia económico por las autoridades académicas de ese país. Las drásticas políticas de ajuste, con sus agudas tensiones comunitarias, motivan la articulación de frentes populares, donde el movimiento estudiantil se fusiona con los sectores laboriosos y recupera sus valiosas aspiraciones para modificar las relaciones humanas y construir una sociedad de personas. Y pese a que puede registrarse un mayor desapego juvenil hacia la política partidaria ello no implica ninguna retracción hacia los problemas sociales.

Por último, no puede desconocerse la importancia precursora que ha trasuntado el pensamiento y la práctica reformistas en la consolidación del paradigma universitario actual, forjado originariamente en esa Córdoba donde se logró superar tanto el modelo profesionalista napoleónico como el academicismo alemán.

Mucho antes de los sesenta, ya se había hecho carne la participación oficial de los jóvenes en nuestra educación superior, mientras que en la letrada Europa recién medio siglo más tarde empieza a admitirse la consulta institucional a los estudiantes que, después de la II Guerra Mundial, venían bregando por ello y por otros principios lanzados en 1918 —como la búsqueda prioritaria de solución para los grandes malestares sociales. Todos las finalidades básicas que la UNESCO sustenta hoy como metas para la universidad fueron adelantadas por el movimiento reformista latinoamericano a través de miles de páginas escritas por

nuestras juventudes idealistas en medio de vigi-
lias, persecución, cárcel, exterminio y desaparicio-
nes. Estoy haciendo alusión textual a los siguien-
tes objetivos institucionales propugnados por
aquél máximo organismo rector, tanto para el área
intrínsecamente académica como para su costado
comunitario:

- elaborar conocimientos nuevos (investigación creativa),
- formación de personal altamente calificado (enseñanza y comunicación),
- prestación de servicios a la sociedad (extensión civil),
- función ética (crítica social).

¿En dónde reside pues el mentado anacronismo de la Reforma Universitaria, si sus planteamientos cardinales han obtenido tanta validación teórica y tanto ascendiente mundial? El clima de contrarreforma que se ha ido generando procede especialmente de la impronta neoconservadora remisa al gasto social, partidaria de la concentración financiera y cognoscitiva, de una universidad recluida y tecnocrática. Dicha tónica suele revestirse con ropajes modernizantes que claman por una nueva o segunda reforma universitaria que abandone el discurso autonómico y la contestación.

Por el contrario, la mayoría de los supuestos reformistas nos salen al cruce como un inapelable imperativo categórico. La universidad, por distintos motivos, atraviesa una crisis que ha supe-
ditado lo académico a la negociación por el poder, donde se improvisan investigadores y nadie puede hacer verdadera profesión docente, donde se ha establecido un irritativo sistema piramidal. Los mismos dirigentes estudiantiles han puesto en evidencia dicha situación:

Una universidad en la cual conviven elites profesoras bien remuneradas, y masas de docentes temporarios, ad honorem, o con relaciones laborales precarias, equivalentes a los “contratos basuras del capitalismo globalizante” [...]

La Universidad Mercado está en marcha en la Argentina y en América Latina, y promete arrasar con la dignidad académica y con las conquistas democráticas de la insurgencia de 1918 (OCLAE, FUC, FUA: Manifiesto a 80 años de “La Reforma”)

Frente a ese estado de cosas, un presidente de la Federación Universitaria Argentina, Pablo Javkin, ha propuesto como misión esencial del claustro estudiantil: “Defender el ingreso irrestricto y la gratuidad, no como dogmas impuestos por la historia sino como herramientas fundamentales para el acceso a la educación superior de todos los sectores sociales, en un país que cuenta con tasas de escolaridad universitaria similares a los países africanos y en el cual hay más analfabetos puros que graduados universitarios.”

Asimismo, en medio de tanto privilegio y marginación, subsiste plenamente el otro gran mandato que el reformismo ha planteado como condición *sine qua non*: la brega por una sociedad más tolerante, culta, justiciera e igualitaria, donde la educación y la universidad públicas posean un papel menos lastimero y, desde su posición aventajada, puedan contribuir a resolver o aliviar los problemas de la gente y el hábitat.

ANEJO: CONTRIBUCIONES PERSONALES

Eugenio Puciarelli y la juvenilia platense

Durante las primeras décadas del siglo se respiraba en la ciudad de La Plata una singular atmósfera cultural que contenía desde las variadas manifestaciones de la bohemia intelectual hasta las tenidas formales entre los partidarios del positivismo y quienes desafiaban a este poderoso movimiento doctrinario. En un plano más específico, el propiamente pedagógico, mientras los primeros se inclinaban a exaltar la superioridad académica de Europa y Estados Unidos, el antipositivismo implicó un retorno al estudio de las humanidades, la filosofía y el arte¹.

Un motivo que impregnó con mucho ardor el ánimo juvenil estuvo centrado en la contienda por la Reforma Universitaria, contra esa imagen jerárquica que hace del alumnado un conjunto pasivo y subalterno. En dicha contienda, la dirigencia estudiantil platense participaría en forma decisiva, por ejemplo, en distintos encuentros corporativos que se realizaron dentro y fuera del país. Uno de tales eventos, el Congreso Internacional de Estudiantes celebrado en México hacia 1921, tendió además un puente significativo para las futuras relaciones entre la intelectualidad progresista latinoamericana.

¹ Cf., AV., *Universidad "nueva" y ámbitos culturales platen-
ses* (La Plata universidad Nacional, 1963); H. E. Biagini
(comp.) *El movimiento positivista argentino* (B. Aires, Ed. de
Belgrano, 1985) y "Cultura clásica y antipositivismo", en su
Historia ideológica y poder social (B. Aires, Cedral , 1992),
vol. 2.

Los estudiantes platenses habían jugado un papel relevante en la huelga que paraliza las actividades universitarias, durante 1919 y 1920, hasta que el movimiento reformista logra obtener el cogobierno y otras reivindicaciones académicas². Se trató de una resistencia que contó con avales docentes como el de Alejandro Korn, quien festejaba la reforma universitaria platense como un episodio luminoso³. Entre la infinidad de testimonios que se han vertido sobre el magisterio de Korn se encuentra el que emitió Gabriel del Mazo: "Korn ha sido maestro impar en la Universidad argentina. Fue una figura señera; y su nombre, indisolublemente ligado a la Reforma, la prestigió en reciprocidad de influjos [...] Y cuando la Reforma desplegó continentalmente su bandera total, por la identificación de Saber y Justicia, Korn enseñó la filosofía de la Libertad por la cual luchábamos"⁴. Si bien Korn, como otros coterráneos suyos, sobrepasó los límites aldeanos hasta adquirir dimensiones supranacionales, no por ello puede dejar de identificarse plenamente con La Plata, esa "ciudad en la que cantó Almafuerte, investigó Ameghino y meditó Korn" —tal como se aseguró durante su sepelio⁵. Será precisamente allí donde éste último ejercerá su magisterio más personal, según ha testimoniado una hija suya, sin dejar por ello de referirse a su vasto ascendiente en distintos ámbitos universitarios:

² H.E. Biagini, "La huelga grande", *Todo es Historia* (enero 1995).

³ La visión de Korn sobre la Reforma Universitaria puede consultarse en sus *Obras Completas* (1949).

⁴ Gabriel del Mazo, *Reforma universitaria y cultura nacional* (B. Aires, Raigal, 1955) p. 68

⁵ Alberto Palcos, Discurso en el sepelio de Korn, *Centro de Estudios Filosóficos* (Universidad Nacional de La Plata, 1937) p. 11.

Los estudiantes lo exaltaron a la dirección de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, en 1918, siendo el primer decano elegido con la participación de los alumnos. Triunfante el movimiento en La Plata, su nombre fue levantado para ocupar la presidencia de la Universidad [...] Años más tarde, en 1929, en un viaje a Tucumán, al que lo acompañé, estudiantes y profesores le ofrecieron el rectorado de la Universidad, haciéndole objeto de una vibrante despedida en la estación ferroviaria [...] No lo aceptó; es que estaba muy arraigado a La Plata, donde vivía hacía más de cuarenta años [...]
Gustaba verse rodeado de los jóvenes, sus amigos y discípulos, compartiendo ora la mesilla de café, en las tardes primaverales, ora el amplio escritorio de nuestra casa de la calle 60, donde las conversaciones sobre temas filosóficos se hacían interminables. Allí estaban Enrique Galli, Sánchez Reulet, Orfila Reynal, Juan Manuel Villarreal, Francisco Romero, Luis Aznar, Malmierca Sánchez, Segundo Tri, Quinteros y otros más cuyos nombres ahora se me escapan⁶.

Entre los principales nombres allí omitidos se encuentra el de Eugenio Pucciarelli, quien gozaría de la amistad del maestro Korn desde 1925. Ade-

⁶ Inés Korn, *Alejandro Korn, mi padre* (Universidad Nacional de Córdoba, 1960) pp. 9 y 8.

más de los numerosos trabajos sobre Korn escritos por Pucciarelli, éste reconocería expresamente tal magisterio como un hecho decisivo para su propia formación: "desde muy temprano, hizo sentir la inclinación hacia la libertad, no sólo como problema filosófico, sino como exigencia impostergable de la persona entera y como deber de asegurar su ejercicio en medio de todos los azares a que está expuesto. Su insistencia en considerar la historia de la filosofía como fuente de información adecuada para superar lagunas y no ceder en la tentación de caer en dogmatismos fáciles debido al carácter unilateral de una posición asumida prematuramente y sin suficiente examen crítico"⁷.

El Colegio Nacional, perteneciente a la universidad platense, cumplió un rol distinguido dentro del desarrollo cultural de la capital bonaerense. Sus alumnos tomarían partido en los conflictos de poder que se suscitaron dentro de la enseñanza superior. Además de la importancia que llegó a tener la Asociación de Ex Alumnos, comandada por figuras sumamente representativas del liderazgo reformista (Orfila Reynal, Ripa Alberdi, Mendióroz, Sommariva, Carlos Heras y otros), cabe cotejar la gran cantidad de colegiales que se solidarizan con el extenso paro decretado por la Federación Estudiantil de la Universidad de Plata. En una larga nómina de adherentes distribuida hacia mayo de

V De una entrevista a Pucciarelli que, bajo el título "La vocación del filósofo", apareció en el suplemento *La Opinión Cultural*, 9 julio 1978, p. II. Un artículo primigenio de Pucciarelli, impreso en *Cursos y Conferencias* (1936), llevaba un significativo título: "Alejandro Korn, maestro de saber y de virtud". Mi propio contacto personal con Pucciarelli provino de un ciclo suyo sobre Korn impartido en 1960 para los Cursos Internacionales de Temporada de la UBA. Por entonces (1959), Pucciarelli publica otro trabajo, "La lección de Korn", en la revista de la universidad porteña, que sería sucedido por otras colaboraciones del mismo autor en torno a Korn y su pensamiento.

1920, pueden observarse diversos escolares secundarios que habrían de sobresalir posteriormente: Luis Aznar, Guillermo Korn, José María Lunazzi, Antonio Salvadores, Aníbal Sánchez Reulet, Pedro Verde Tello y el mismo Eugenio Pucciarelli, cuando aún no había cumplido sus 13 años de edad⁸.

Pocos meses más tarde, el reformismo triunfante lleva como rector del Colegio Nacional al dirigente cordobés Saúl Taborda, quien se había recibido de abogado en la universidad platense. Taborda procura introducir hondas transformaciones pedagógicas, tendientes a revalorizar la personalidad del alumno secundario. Pese a que su experiencia fue oficialmente boicoteada, la misma produjo una fuerte conmoción en el estudiantado⁹.

Más allá de las depuraciones que entonces se emprendieron, hacia 1923 el cuerpo docente del colegio contó con figuras como las de Rafael Alberto Arrieta, Narciso Binayán, Arturo Capdevila, Alberto Palcos, Abraham Rossenvasser y Carlos Sánchez Viamonte. El año siguiente denota un hito trascendental, pues se establece en La Plata la primera emisora universitaria de Latinoamérica — con una línea especial para el mismo colegio en cuestión—, se aprueba una nueva curricula que añade un año más a los estudios, ingresa Ernesto Sábato como alumno y se incorporan nuevos pro-

⁸ Véase la lista de adherentes en G. del Mazo (comp.), *La Reforma Universitaria* (B. Aires, FUBA, 1927) pp. 214ss.

⁹ Sobre la gestión de Taborda al frente del Colegio Nacional, ver H.E. Biagini (comp.) *La Universidad de La Plata y el movimiento estudiantil* (Editorial de la UNLP, 1999) pp. 184-193.

fesores al establecimiento —Fernando Márquez Miranda, Gabriel del Mazo y dos figuras de enorme gravitación: Ezequiel Martínez Estrada y Pedro Henríquez Ureña.

Martínez Estrada accede a la cátedra de literatura universal gracias a las gestiones llevadas a cabo por Arrieta. Al poco tiempo, aquél revelaría excelentes condiciones para la enseñanza que le ocasionaron el afecto y la admiración de sus alumnos, quienes no resultaban fácilmente complacientes. Recordando a los primitivos estudiantes del Colegio Nacional, cuando hacia 1956 retoma provisoriamente la enseñanza tras un período de apogón universitario, Martínez Estrada señalaba: "Aquellos (alumnos) eran fogosos, apasionados por saber, devoraban libros, me asediaban a preguntas y competían por dar clases mejor que yo [...] eran soñadores y creían, como yo, en las cosas increíbles"¹⁰. Su accionar en La Plata resultó muy fecundo, colaborando en diversos emprendimientos culturales. El propio Pucciarelli, además de aludir a las impresiones imborrables que le generó Martínez Estrada durante su adolescencia, trazó minuciosamente una semblanza del escritor bahiense durante la clase inaugural que éste impartió hacia abril de 1925: "El nuevo profesor, de rostro animado por leve sonrisa y ojos inquietos y brillantes, cuya mirada abarcaba la clase entera, tomaba la palabra en medio de la expectativa de treinta adolescentes. Su vocabulario lucía una riqueza insospechada, que los oídos juveniles no estaban acostumbrados a escuchar de labios de otros maestros. Su voz fluía sin afectación, apenas ritmada por un ligero movimiento de las manos, cu-

¹⁰ Martínez Estrada, "Consejo a los estudiantes", en la Antología *Ezequiel Martínez Estrada* (B. Aires, ECA, 1978) p. 237.

yas palmas solían abrirse hacia el público, mientras el cuerpo erecto se empinaba aun más como huyendo del suelo. El tema era la épica y el libro cuya estructura, contenido e intenciones se exponían no era otro que la *Ilíada*. El recio poema homérico se corporizaba a través de una exposición salpicada de imágenes atrevidas"¹¹

El gran humanista dominicano Pedro Henríquez Ureña tuvo penetrante conciencia de la unidad esencial que posee nuestro continente. Su inserción personal en la Argentina arranca de ese mencionado congreso estudiantil que tuvo lugar en México, donde comenzaron sus vínculos con los tres delegados platenses —Ripa Alberdi, Orfila Reynal y Enrique Dreyzing— que culminarían con la radicación de don Pedro en la ciudad de las diagonales. Además de sus tareas docentes sistemáticas, Henríquez Ureña, como Korn, librería un magisterio integral fuera de las aulas. Su hogar fue punto de reunión y tertulia literaria, como lo precisaría, entre otros, el mismo Pucciarelli:

Ante un grupo reducido de amigos —Francisco López Merino, Guillermo Korn, Juan Manuel Villareal, Aníbal Sánchez Reulet, Enrique Moreno Báez y yo— desarrolló en su casa de La Plata, en que había reuniones todas las semanas, un cursillo de comentario de textos filosóficos (v.g., La Risa de Bergson y la Estética de Croce)¹² despertó en mí el sentido de la responsabilidad intelectual, entendida como exigencia de método en la investigación, de acceso directo a las fuentes y no a través de

¹¹ E. Pucciarelli, *Ezequiel Martínez Estrada: Poesía, filosofía y realidad nacional* (B. Aires, Academia de Ciencias, 1986) p. 29.

¹² E. Pucciarelli, *Pedro Henríquez Ureña, humanista* (B. Aires, Academia Nac. de Ciencias, 1984).

*expositores que trivializan y deforman; un interés muy vivo por la cultura de América hispánica en todos sus planos: preferentemente literatura y plástica; la necesidad de esforzarse por alcanzar una expresión clara y sobria, sin aderezos retóricos, respetuosa de las normas de la lengua castellana. También la conciencia de estar instalado en América, un medio permeable a todas las orientaciones del pensamiento occidental, pero distinto de Europa por su paisaje y su fondo étnico*¹³.

En esa suerte de urbe estudiantil simbolizada por La Plata puede constatarse la presencia de una verdadera multitud de hojas juveniles, voceros de los distintos círculos de alumnos secundarios y terciarios, como fue el caso de *Estudiantina*, la cual se presentaba a sí misma como "tribuna de juventud y de idealismo primaveral" que deseaba "despertar el alma de los jóvenes de nuestras casas de estudio y hacerles sentir la inquietud dinámica de la hora presente, hora de plena revisión de valores y de renovaciones intensas", proponiéndose asimismo luchar "por la cultura de los pueblos, el engrandecimiento moral de la juventud y de todos los hombres cualquiera sea su patria o idioma". La publicación también bregaba por la solidaridad inter-juvenil para neutralizar los conflictos de América Latina y las posturas chovinistas, militaristas y clericales. De allí que uno de los referen-

tes primordiales que aparecen en la revista sea el líder reformista peruano y fundador del aprismo Víctor Raúl Haya de la Torre, desde su exilio europeo. Organizaban también ciclos de conferencias dedicadas especialmente a los jóvenes alumnos y obreros de La Plata con un énfasis especial en el latinoamericanismo. Se le brindó mucho espacio a uno de los intelectuales que más predicamento había alcanzado entre la nueva generación durante aquella etapa: el literato suizo Romain Rolland, quien llegó a ser calificado como "el más grande maestro de las juventudes idealistas" y como el primer europeo notable que, habiendo roto la indiferencia hacia "los clamores lejanos", "ha comprendido en toda su grandeza el vasto movimiento de rebeldía y de unión que realizan las juventudes de la América Latina"¹⁴.

Las contribuciones de Pucciarelli a esa llamativa publicación se encuentran diseminadas en las cuatro primeras entregas de *Estudiantina*. Algunas notas poseen un tinte intimista cercano a la prosa poética¹⁵. Otras apreciaciones apuntan a cuestionar el sistema didáctico y el facilismo de los alumnos¹⁶, mientras se rescata una figura polémica como la de José Ingenieros, quien había desaparecido por ese entonces:

La actitud de nuestra juventud estudiantil, a raíz de la muerte de José Ingenieros ha sido indigna de ella. Esta juventud bullanguera, revoltosa, renovadora, ha pagado

¹⁴ Cfr., H. E. Biagini, "Romain Rolland entre nosotros", en curso de publicación en esta misma editorial dentro del volumen *Utopías juveniles*.

¹⁵ E. Pucciarelli, "La plegaria del ciego", *Estudiantina* I, 1925, pp. 27-28; "Crepúsculo autumnal", *ibid.*, II, 1925, pp. 91-92; "Anochecer", *ibid.*, IV, 1926, pp. 31-32.

(16) E. Pucciarelli, "Lacayos", "Fósiles", "Orientar, educar, instruir", *ibid.*, pp. 39, 40, 41.

¹³ En la entrevista citada de *La Opinión Cultural*, p. II.

*con su silencio su necesidad, cubriéndose de bochorno. Su olvido es imperdonable, pues José Ingenieros era el único hombre que merecía el homenaje de la juventud, tanto por sus brillantes dotes de hombre de ciencia, como por su amor a todo lo que importara reforma en lo social. Sin embargo su deceso ha pasado desapercibido en medio del ambiente solicitado por la política casi de comité, las rencillas de partidos y las desavenencias de los caudillos directores*¹⁷.

La última colaboración de Pucciarelli que falta mencionar, "Reflexiones sobre la historia del arte", se halla parcialmente inspirada por la *Estética* de Hegel, a la cual aquél se había aproximado en un curso dictado por Leopoldo Lugones, quien, habiéndose rehusado a profesar en la universidad porteña, terminaría por aceptar la invitación de Joaquín V. González para hacerse cargo de la cátedra de estética en la casa de estudios platense. El ensayo de Pucciarelli, redactado a la edad de 17 años, suponía la existencia de una sostenida legalidad, tanto para el mundo natural como para el orden humano, mientras que la sensibilidad artística respondía a una característica propia de cada época y población. En las conclusiones se planteaban diversas alternativas: "Podría alegarse que la hora presente, verdadero crepúsculo de ídolos, carece de una cultura suficiente-

¹⁷ E. Pucciarelli, "La juventud estudiantil platense", *ibid.*, pp. 39-40. En rigor de verdad, la misma *Estudiantina* había incluido páginas de Ingenieros, considerándolo un intelectual de vanguardia (II, 1925, pp. 101-103) y rindiéndole un sentido tributo en su fallecimiento: "maestro de juventudes porque tuvo fe en el porvenir [...] cayó el que llevaba la antorcha [...] estas lágrimas viriles derramadas por nuestros ojos irán a madurar la simiente del recuerdo íntimo y cordial hacia el maestro caído" (III, 1925, p. 5).

mente intensa como para crear un arte nuevo [...] ¡Quién sabe si en las construcciones de las grandes ciudades no se bosqueja un arte nuevo!"¹⁸

Pucciarelli, en uno de los últimos reportajes que concedió, se referiría a las insospechadas derivaciones que le trajo ese artículo suyo, que implicaba su primer acercamiento orgánico a la reflexión filosófica:

El artículo se publicó y lo leyó Pedro Henríquez Ureña, que en aquella época era profesor del Colegio Nacional de La Plata. Preguntó quién había escrito eso, y Juan Manuel Villareal, que estaba al pie de la escalera en momentos que terminaban las tareas del colegio y se dispersaban los alumnos, le dijo: "Ese flaco que está bajando por la escalera". Entonces, don Pedro me llamó y me preguntó si tenía algo que hacer, a lo que le respondí que estaba libre de compromisos, y así comenzamos a caminar. Estuvimos caminando dos horas, desde el Colegio nacional hasta la casa de él, y en el transcurso de la charla me sometió a un interrogatorio sobre el artículo publicado. Hizo una serie de observaciones relativas a la discordancia entre la construcción especular del pasado de las artes y la construcción empírica de ese mismo pasado. Como la experiencia no ratificaba las ideas, un poco atrevidas, de ese vuelo especulativo que caracterizaba la exposición de Hegel, me dio su posición al respecto. Me ofreció libros para profundizar el tema, y me dijo que en filosofía no se entra por la puerta de Hegel, que hay que entrar por los presocráticos, por Pla-

¹⁸ E. Pucciarelli, "Reflexiones sobre la historia del arte", *ibid.*, III, 1925, pp. 117-122.

*tón y Aristóteles, y la vez que estuve en la casa me regaló tres tomos de las obras completas de Platón, publicadas en México por la Secretaría de Educación que dirigía José Vasconcelos. En la casa de Henríquez Ureña conocí ese año a Alejandro Korn, y dos años después a Francisco Romero, de manera que yo tenía los puntos de referencia más adecuados para saber qué era la filosofía en la Argentina, cuál era su temática, quiénes eran sus representantes principales, y qué era lo más importante que se había escrito*¹⁹.

Para 1927, el último año en que *Estudiantina* alcanza a ver la luz de la imprenta, Eugenio Pucciarelli será elegido en La Plata como vicepresidente de la Federación Universitaria y también como presidente del Centro de Estudiantes de Medicina, ocupando la vicepresidencia de esa misma agrupación un amigo suyo de toda la vida, Oscar Alende. Cabe preguntarse, para finalizar, ¿hasta qué punto mantuvo su fidelidad, el primero de los nombrados, a esas posiciones iniciales? El propio Pucciarelli nos esboza una respuesta aclaratoria, cuando, efectuando una evaluación retrospectiva, llegó a declarar: "Eramos ingenuos y hacíamos política estudiantil proclamando ciertos ideales y denunciando cuanta deficiencia veíamos"²⁰.

¹⁹ Del diálogo que mantuvo Pucciarelli con Antonio Castello en la revista *Todo es Historia*, diciembre 1992, p. 59.

²⁰ *Ibid.*, p. 60.

El pensamiento universitario de Arturo Roig

En otras tribunas y espacios hemos tenido el placer de referirnos a distintos aspectos de la siembra intelectual que ha cosechado nuestro maestro y amigo, Arturo Andrés Roig²¹.

Un tema que, pese a no ser colateral, ha quedado más desfavorecido dentro de los variados comentarios que recibió la obra de Roig ha sido su preocupación por la problemática universitaria; preocupación que él ha compartido de diferente manera con otros filósofos latinoamericanos y argentinos que han teorizado sobre nuestras casas de estudios superiores o se han involucrado estrechamente en las interminables contiendas por mejorar la excelencia académica y hacer partícipe de ella a los sectores más postergados de la comunidad: desde José Ingenieros, Alejandro Korn, Saúl Taborda, Carlos Cossio, Coriolano Alberini, José Carlos Mariátegui, hasta, más recientemente, Risieri Frondizi, Ernesto Mayz Vallenilla, Gustavo Cirigliano, Augusto Pérez Lindo y aquellos otros que, desde las ciencias sociales o el mismo saber cotidiano, han apuntalado la causa de la enseñanza pública en sus más altos niveles.

Arturo Roig, desde sus mismos inicios en las li-des intelectuales, hace medio siglo atrás —con un

²¹ Entre otros lugares, he abordado la obra de Roig en *Filosofía americana e identidad* (B. Aires, Eudeba, 1989) e *Historia ideológica y poder social* (B. Aires, Centro Editor de A. Latina, 1992) y en la presentaciones de su obra *Rostro y filosofía de América Latina* (IV Congreso Internacional de SO-LAR, Universidad de Cuyo, 1993) y del libro de Carlos Pérez Zabala, Arturo A. Roig. *La filosofía latinoamericana como compromiso* (Universidad Nacional de Río Cuarto y Ediciones del Icala, 1999).

precoz despertar—, ha venido incursionando por el terreno poco cultivado de la pedagogía universitaria. En tal sentido, me parece advertir en esas indagaciones dos vertientes principales:

—De recuperación crítica de las mejores tradiciones en la materia:

a) Como la que plantean las diversas propuestas para articular una *Universidad Latinoamericanista* dedicada a analizar nuestras realidades y a gestar una conciencia cultural propia (*v.gr.*, en autores como Francisco Bilbao, José Martí o Julio Barcos). De un modo u otro, esos propósitos se hallan inmersos dentro del legado bolivariano de integración continental²².

b) En un plano convergente, tenemos el examen y la revalorización efectuada por Roig de la *Reforma Universitaria*, incluso en países menos conocidos como el Ecuador o en los vínculos de la misma reforma con las innovaciones pedagógicas insinuadas prematuramente en España a través de la Institución Libre de Enseñanza. Aquí cabe destacar la hermenéutica que Roig aplica a la comprensión del juvenilismo rioplatense junto a sus interpretaciones sobre las diversas corrientes internas que nutrieron al complejo movimiento reformista entre nosotros. Se distingue su abordaje del célebre manifiesto liminar con el cual dicho movimiento obtuvo en Córdoba —*urbi et orbi*— su carta de ciudadanía bajo la inspiración personal de Dedodoro Roca²³.

c) Entre otras avanzadas pedagógicas más, rescatadas por Roig, figura la génesis que él mismo perfila del sistema de seminarios, planteado como el corazón de la enseñanza universitaria —al menos para las ciencias del hombre— y con antecedentes tales como los de Pedro Scalabrini en la Escuela Normal de Paraná, Adolfo Posada en la Universidad de La Plata o José Gaos en el Colegio de México y en la UNAM²⁴.

—Desde las propias aportaciones roiguanas:

a) *Teóricas*

Sus reparos a la *enseñanza magistral* y su defensa de la actitud dialógica y problematizadora, de la participación creativa del alumno universitario.

Su reflexión sobre las ligazones entre *Universidad y Región* para superar la antinomia entre localismo y universalismo, entre una universidad pragmático-profesional y una universidad científico-investigativa.

Su rechazo a los *universales ideológicos* empleados por una pedagogía opresora que niega la personalidad del educando. Entre esos universales —que muchas veces encubren la relación dominador-dominado y un sistema educativo autoritario— se pueden encontrar, por ejemplo, nociones como las de libertad, patria, nación, amor, Dios, pueblo, tradición, civilización, etc. Como antídoto, en otras épocas más heroicas Roig sugería lo siguiente:

es necesario el despertar de la sensibilidad social en los hombres. Es necesario que la injusticia, el hambre, la enfermedad,

²² Ver, p.ej., A. A. Roig, "Los ideales bolivarianos y la propuesta de una universidad latinoamericana continental", en *Estudios Latinoamericanos* (UNAM) 9, 1976, pp. 231-245.

²³ Cfr., A. A. Roig, "Deodoro Roca y el Manifiesto de la Reforma de 1918", en *Universidades* (Revista de la Unión de Universidades de A. Latina) 79, 1980, pp. 88-115 y "La reforma universitaria en los países hispánicos y las ideas peda-

gógicas de Francisco Giner de los Ríos", en *Letras Peninsulares* (Michigan State University) 4, 1991, pp. 155-171

²⁴ Véase, *i.a.*, "Algunas consideraciones sobre pedagogía universitaria", conferencia leída por Roig en la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo (1967).

el dolor y la explotación existentes se constituyan, aun cuando ello suene a paradoja, en elementos educativos en favor de la constitución de un nuevo estado de conciencia. No se trata de crear conciencias "caritativas", sino simplemente justicieras. Es necesario que los marginados en todos los órdenes, aquéllos que con su presencia y su fuerza tienen el poder de quebrar los universales ideológicos y de exigir una nueva libertad, un nuevo Dios, una nueva nación, adquieran la capacidad de organizar socialmente su presencia y su fuerza. El niño, el adolescente, desconocidos en las relaciones educativas en su alteridad, integran también el mundo de los marginados. De ahí el sentido profundo de las rebeliones estudiantiles²⁵.

b) *Experienciales*

En relación con la *universidad argentina de 1966 a 1973* nos encontramos con una doble crítica formulada por Roig: al plan universitario de la llamada Revolución Argentina —destinado a evitar la masificación y la radicalización estudiantil frente al *establishment*, la dependencia y el cientificismo— y a una subyacente pedagogía tradicional —basada en la relación verticalista docente-alumno, donde se entroniza al educador en detrimento del vínculo alumno-alumno y docente-docente. Como misión reconstructiva fundamental, Roig precon-

zaba que se hiciera carne en los universitarios su primordial objetivo al servicio de la transformación de la sociedad²⁶.

Por otra parte, tenemos también la intervención directa del propio Roig en el ensayo de *pedagogía universitaria* participativa llevado a cabo en *Mendoza* durante el período que va de 1973 a 1974; período que, dentro de la euforia epocal, ha sido comparado con el mayo francés del '68. Aquí se destacan los proyectos de nuestro autor homenajeado que se han opuesto a someter la universidad a los supuestos desarrollistas y han sostenido en cambio la importancia de conducir esa entidad bajo los ideales de la liberación. El mismo Roig fue quien se ocupó de elaborar las bases estatutarias del nuevo modelo académico; un modelo de alguna manera siempre vigente porque implica pelear, como aduce su enunciador, "contra la alienación por el crecimiento espiritual y material del hombre"²⁷.

Finalmente, señalamos la plasmación realizada por Roig, junto con otro caracterizado colega del exilio —como Rodolfo Agoglia—, del plan de estudios implementado para el Departamento de Filosofía en la Facultad de Humanidades de la Pontificia Universidad Católica de Quito.

Con todo lo expuesto, ¿no podemos dar crédito ahora a una apreciación vertida por Arturo Roig cuando se enorgullecía de incluirse entre los docentes que consideran que su misión no termina con el timbre de cada hora de clase, o cuando se

²⁵ Entre otros trabajos alusivos de Roig, cito aquí: "Las relaciones educativas desde el punto de vista de una pedagogía de la liberación" (disertación en el Colegio Nacional Central de la Universidad de Cuyo, noviembre 1973) y "Algunas preguntas a propósito de las relaciones de la UNC con su medio", *Los Andes* (Mendoza, 1969).

²⁶ A. A. Roig, "Un proceso de cambio en la universidad argentina actual (1973-1974)", en *Revista de Filosofía Latinoamericana* 1, 1975, pp. 101-124.

²⁷ A.A.Roig, "Un experimento de pedagogía universitaria participativa", en revista *Unidos* 1, diciembre 1987, pp. 44-70. Los trabajos citados se han recogido posteriormente como A. A. Roig, *La universidad hacia la democracia* (Mendoza, Ediunc, 1998)

sentía más inclinado a presentarse, ni más ni menos, como un simple maestro de vida antes que todo un señor catedrático?

Un aporte sostenido

Complace verificar cómo una causa que enalteció a diversas generaciones —la del movimiento estudiantil reformista— ha podido trascender el puro activismo para dar lugar a un abundante corpus documental y a una historiografía no menos apreciable que, sin deponer legítimas pasiones, permiten aproximarnos con mayor discernimiento a esa rica tradición vernácula. Entre tales esfuerzos heurísticos e interpretativos, cabe destacar la tenaz obra de recuperación que, desde hace ya hace cuatro décadas, han venido emprendiendo dos militantes de la buena memoria: Alberto Ciria y Horacio Sanguinetti, especialmente a través de un libro suyo varias veces reelaborado.

Cuando Ciria y Sanguinetti salen al ruedo en 1962 con su *Universidad y estudiantes*, ya existían otros materiales e importantes estudios sobre el particular, por ejemplo, trabajos de largo aliento como los que plasmaron Julio V. González y Carlos Cossio, para el caso argentino, o Gabriel del Mazo y Gregorio Bermann con mayores referencias al ámbito latinoamericano e inclusive, en el último de ellos, abriendo un sugerente panorama sobre el protagonismo juvenil en muy diferentes épocas y situaciones. Con todo, pese a su prolongada mocedad, ni Ciria ni Sanguinetti eran sujetos improvisados en esas mismas lides intelectuales y

contaban con un sólido *background* para abordar por el estilo²⁸.

El libro en cuestión, publicado por Depalma cuando esta editorial no reproducía textos autoritarios como hizo *a posteriori*, se inscribe dentro de una colección de cultura jurídica y universitaria²⁹. Está dedicado a su vez al Quetzal —ave emblemática de los indígenas centroamericanos, símbolo de la libertad, cuyo nombre fue adoptado por el Centro de Estudiantes de Derecho—, a la misma agrupación de los autores en dicha facultad (MUR) y a varios patriarcas del reformismo calificados como "héroes de la Argentina no oficial" (Julio V. González, Aníbal Ponce, Deodoro Roca y Saúl Tabor). La obra aparece durante un período en el cual se reestablece la autonomía universitaria tras prolongadas persecuciones estudiantiles y exoneraciones docentes.

²⁸ Además de su previa experiencia como representantes estudiantiles, uno y otro ya habían incursionado con escritos y publicaciones alusivas. Ciria: discurso en el *Homenaje a la Revolución de Mayo en su sesquicentenario* (Universidad de Buenos Aires, 1960). Sanguinetti: presentación al Facundo de Saúl Tabor (Editorial Perrot y Centro de Derecho y Ciencias Sociales), sendas notas individuales en *Lecciones y Ensayos* (nº 10-11 y nº 12, 1959), donde, junto con Ciria y Enrique Bacigalupo intentan una evaluación del reformismo (*ibid.*, nº 13, 1959). Muy especialmente, una monumental recopilación, lanzada por la FUBA para conmemorar el cuadragésimo aniversario del grito de Córdoba, que llevan a cabo Ciria y Sanguinetti, con la colaboración de Arnoldo Siperman: *La Reforma Universitaria (1918-1958)*; recopilación que se cierra con dos trabajos: uno, inédito y ad hoc del intelectual cubano Juan Marinello; otro, más abarcativo del propio Ciria: "Los estudiantes y la política en América Latina".

²⁹ La colección estaba dirigida por Enrique Bacigalupo, Alberto Ciria, Horacio Sanguinetti, Arnoldo Siperman y Norberto Spolansky.

Su contenido comprende, fundamentalmente, un esquema sobre la evolución de la Reforma en la Argentina y en los países hispanoamericanos, así como las propuestas políticas, sociales y pedagógicas planteadas por ese movimiento. Junto a una bibliografía pormenorizada, se puede acceder a los conflictos iniciales generados por la universidad cordobesa —con su anacronismo teocrático— y a los apoyos extra-académicos que tuvo tanto el sector reformista como sus adversarios. También se hallan acotadas las clásicas reivindicaciones que esgrimieron los estudiantes —en ocasiones desde épicos congresos nacionales o internacionales—, *v. gr.*, solidaridad latinoamericana, unidad con los trabajadores, oposición al imperialismo y al militarismo. En este último aspecto, un *leit motiv*: las abrumadoras diferencias entre las partidas universitarias y el presupuesto castrense.

Dentro del plano institucional, Ciria y Sanguinetti enuncian su propio parecer sobre el rol del alumno y del régimen para el profesorado, deteniéndose en un caso familiar: la Facultad de Derecho porteña, a la cual no vacilan en tildar como un rancio bastión reaccionario y oligárquico —de cuyas filas se nutrirían paradójicamente muchos gobiernos inconstitucionales.

Los autores comentados exhiben una evidente simpatía por el fenómeno analizado, por ejemplo,

cuando defienden a la Reforma Universitaria de las críticas desorbitadas que le efectuaron los nacionalistas por una supuesta falta de impugnación al imperialismo británico o por su apoyo a los aliados durante la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, su enfoque dista de ser apologético, pues no dejan de reconocer las flaquezas y desviaciones, las alianzas contraproducentes, las posturas mesiánicas, que a veces exhibió un conglomerado tan heterogéneo como el del reformismo continental o algunas de sus figuras primordiales.

En definitiva, la misma amplitud de miras que ha evidenciado el movimiento reformista ha sido uno de los factores principales por el cual éste fue combatido por intereses sectarios que lo han llevado en nuestras tierras a verse sumido tantas veces en la desventura y la adversidad, a vivir una suerte de holocausto, padeciendo clandestinidad, torturas, cárcel, deportaciones y hasta el mismo genocidio.

La segunda edición, bajo otro título³⁰, implica no sólo el *aggiornamento* de rigor sino una verdadera reestructuración. Si bien se sacrifica el panorama latinoamericanista y se abandona la perspectiva problemática, para centrarse únicamente en el ámbito argentino y en el desenvolvimiento cronológico, se incorporan anexos con fuentes primarias y una sección de estudios sobre los creadores del pensa-

³⁰ *Los reformistas* (Jorge Alvarez, 1968).

³¹ Mientras Sanguinetti se ocupa de Roca y Taborda, Ciria hace otro tanto con Ponce y Julio González. En el transcurso de la primera a la nueva edición de la obra conjunta, el primero de todos, seguiría abriendo surcos temáticos: *Breve historia del Colegio Nacional de Buenos Aires* (Asociación Cooperadora Amadeo Jacques, 1963), "Notas para una crónica del movimiento universitario de 1918 en Córdoba", *Revista Jurídica de Buenos Aires* 3, 1965; numerosas colaboraciones para el periódico *Propósitos* durante 1964 y 1965, en su mayor parte consagradas al reformismo y la Facultad

miento reformista³¹, formulándose mayores precisiones ideológicas dentro del espectro doctrinario en sí mismo. Entre las piezas seleccionadas —folletería, artículos, proclamas, manifiestos, ilustraciones gráficas—, se incluyen expresiones inhallables o escasamente conocidas y otras de más divulgación. Entre estas últimas se encuentra un discurso de Aníbal Ponce donde, haciendo metafórica alusión a "nuestro buen Juan Cristóbal" que se había lanzado en el dieciocho a conquistar "la Universidad señorial", apuntaba indirectamente a señalar la acendrada influencia de Romain Rolland entre los jóvenes pioneros del reformismo³².

Una cita oportuna sintetiza en buena medida las creencias, fervores y expectativas de toda una época. Se trata de los conceptos pronunciados, en un mitin multitudinario celebrado en Córdoba durante la rebelión estudiantil, por ese gran impulsor de la Reforma Universitaria que fue don Alfredo Palacios: "el nuevo ciclo de civilización que se inicia, cuya sede radicará en América porque así lo determinan factores históricos innegables, exige un cambio total de los valores humanos y una distinta orientación de las fuerzas espirituales, en concordancia con una amplia democracia sin dog-

de Derecho; "La Reforma Universitaria", *Enciclopedia Jurídica Omeba* (B. Aires, Bibliográfica Omeba, 1967) tomo 24. "El estudiante, objeto de estudio", *Mundo Nuevo* (París) 34, 1969.

³² Pág. 353. Sobre la presencia de Romain Rolland, ver nota 14, *ut supra*.

³³ Pág. 32. Si bien se adolece de un examen acabado sobre las ideas de Palacios en torno a la universidad —y su correspondiente actuación en ella—, cabe recurrir a sus libros pertinentes y a algunos trabajos que contienen apreciaciones incidentales: Antonio Herrero, *Alfredo L. Palacios* (M. Gleizer, 1925); Víctor García Costa, *Alfredo L. Palacios* (Cedal, 1986); Raúl Larra, *Palacios, el último mosquetero* (Leviatán, 1988).

mas ni prejuicios"³³.

Mucho menos edificantes para el ideario reformista resultan las consideraciones sobre la política del peronismo en el dominio universitario. Sin caer en actitudes fóbicas, no deja de puntualizarse el clima regresivo anterior a esa etapa y cómo ello incidió durante el gobierno de Perón, al punto de poder inferirse que entonces se produjo una especie de restauración de diversas pautas dominantes hasta el 18 e, incluso, la introducción de ciertos valores que raramente habían mostrado una fuerza hegemónica. La intervención policial en las universidades, la expulsión masiva de catedráticos, la apelación al principio de autoridad y a la comunidad férreamente organizada, la obligatoriedad de la enseñanza religiosa y del adoctrinamiento peronista, los privilegios eclesiásticos, traducían una intolerancia manifiesta, como lo refleja el lema "haga patria, mate un estudiante"³⁴. Dentro del anecdotario deplorable: el otorgamiento al Gral. Perón del doctorado *honoris causa* en la Universidad de Córdoba por su contribución a las artes marciales; las presiones de Guillermo Patricio Kelly y Antonio Cafiero ante Eva Perón, recipiendaria de otro *honoris causa*, para que se acen-túe la eliminación de los profesores disidentes. Ello

³⁴ ¿Remedo del "Haga patria, mate un judío" o de la expresión usada por el Club de Madres en sus campañas sanitarias: "Haga patria, mate una mosca"?

daría como resultante el siguiente balance:

La política que siguió Perón en materia universitaria puede así manifestarse: 1º) eliminar a los docentes opositores, sin fijarse en su mérito científico, y reemplazarlos por elementos adictos, sin contemplar tampoco méritos de otro orden; 2º) dictar una nueva ley que, anulando la autonomía, le permitiera controlar a las autoridades de la universidad; predicar, por algún tiempo, el apoliticismo; 3º) iniciar la difusión de su doctrina, y copar el movimiento estudiantil creando entidades que gozarían de apoyo oficial; 4º) fracasado ese objetivo, reprimir a los alumnos opositores con la violencia que resultase necesario (pp. 123-124).

Se rescatan nombres de dirigentes estudiantiles que, desde las sombras, luchaban para preservar a la Federación Universitaria Argentina de su absoluta proscripción; nombres como los de Amanda Toubes, Jorge Graciarena, Carlos Canitrot, Gerardo Andújar, Miguel Murmis, quienes luego alcanzarían diversa notoriedad en el cultivo y el fomento de las ciencias sociales en nuestro país.

Resta aclarar que la nueva edición se da a conocer en una atmósfera bastante similar a la de la primera generación reformista, por la confianza que preponderaba en ella de las propuestas libertarias, lo cual despertaría de rebote el interés del hemisferio norte por conocer los procesos estudiantiles en otras latitudes. Sus autores no parecen sustraerse a esa misma impronta, cuando, al evaluar el espíritu de los sesenta —en especial el acercamiento entre cristianos y marxistas—, terminan por aseverar que el meridiano en el cual se

hallaban inmersos "no pasa ya por el dilema librepensante, sino por la auténtica liberación nacional, tarea que en última instancia sólo será posible fuera de la universidad" (p. 150).

Veinte años después, durante el proceso de transición democrática y reinstalada nuevamente la independencia académica, Ciria y Sanguinetti deciden dar a luz otra versión más de su voluminosa obra³⁵, a la cual, en un exceso de modestia, califican como una simple antología. Aunque mantienen la arquitectura básica, el libro será ahora considerable-

mente engrosado. De tal manera, redactan una introducción que plantea la génesis de la universidad americana en tanto modalidad que, aun desde un lejano pasado, permite captar los gérmenes de autonomía y participación estudiantil. Completan su periodización con los lapsos subsiguientes, retocan etapas precedentes y añaden el pensamiento de Carlos Sánchez Viamonte al capítulo sobre los fundadores del reformismo (esto último a cargo de Horacio Sanguinetti).

En cuanto a las principales secuencias en juego, si en la entrega anterior se subrayaban algunos avances en las demandas estudiantiles sobre la dinámica universitaria y sobre diversos problemas internacionales³⁶ —durante el interregno de 1955 a 1966—, ahora se enfatiza preferentemente la labor de las propias autoridades universitarias, para ese mismo período. Medidas como la supresión del certificado de buena conducta para ingresar a la universidad, la creación de una portentosa empresa editora (Eudeba) y de los departamentos de Extensión Universitaria y de Orientación Vocacional, u otras alternativas de avanzada. Todo ello desencadena una campaña macarthista que, tras el golpe de 1966, termina por derrocar a la conducción re-

³⁵ A. Ciria y H. Sanguinetti, *La Reforma Universitaria* (Centro Editor de A. Latina, 1987)

³⁶ *Los reformistas* (edic.citada), pp 140, 146-7.

formista en la triste noche de los bastones largos. Si bien los autores cuestionan aisladas exclusiones de distinguidos profesores izquierdistas, omiten pronunciarse sobre numerosos docentes que fueron discriminados después de 1955 por desempeñarse durante el ciclo peronista.

Otra objeción, acaso más valedera, se vincula con la excesiva amplitud temporal con que se tipifica el último período tratado (1966-1983) y, simultáneamente, la extrema parvedad con la cual se lo encara; período que contiene desde instantes donde la universidad se convirtió en una trinchera para la acción política directa hasta otros momentos en la cual funcionó como mero cementerio de conciencias. A título quizá compensatorio, se ofrecen tres ensayos sustanciosos que llegaron a publicarse durante el extenso lapso mencionado³⁷.

Alberto Ciria y Horacio Sanguinetti, pese a exaltar la genuina validez que ha sustentado la Reforma Universitaria en su trayecto histórico, no le asignan un carácter inmutable a todas sus postulaciones primitivas. Si bien dichas requisitorias permanecen en mas de un sentido incumplimentadas, se advierten otras manifestaciones que han ido perdiendo una vigencia significativa a esta altura de los tiempos. Tales son los casos del redentorismo estudiantil, la brecha generacional, la periodicidad de la cátedra o la incidencia de los graduados. No obstante sus limitaciones parciales, el ideario reformista, por presuponer una cosmovisión abierta y multifacética, parece asimismo cobrar una actualidad inusitada ante la crisis de las concepciones totalizantes.

³⁷ Jorge Vanossi, "A la búsqueda del tiempo perdido" (1970); José Luis Romero, "Para recuperar la universidad" (1976); H. Sanguinetti, "Pensamiento y acción de la Reforma"

INDICE

Presentación	7
Flujo y reflujo de ideales estudiantiles	11
Gestaciones	11
El grito de Córdoba	16
¿De la insurgencia a la desmovilización? ...	23
Críticos históricos y vigencia actual	31
<i>Los impugnadores</i>	31
El fundamentalismo clerical	31
El arco progresista	34
<i>Revaloración</i>	38
<i>Permanencia</i>	45
La integración latinoamericana	51
El sentido básico de la integración	51
Precedentes	53
Enfrentando al futuro	66
La universidad hoy	69
Puertas adentro: la faceta institucional	69
Trasfondo doctrinario: el extramuro	75
Hacia la efectivización de la Reforma	78
Anejo: Contribuciones personales	83
Eugenio Pucciarelli y la juvenilia platense	83
El pensamiento universitario de Arturo Roig	95
Un aporte sostenido	100

Este libro se terminó de imprimir
en CYAN S.R.L. Potosí 4471,
Cap. Fed., Tel.: 4982-4426, en
el mes de abril 2000.